

CONTRA LA DEMOCRACIA

Barcelona, Abril de 1991

¿Agustín García Calvo?

Agustín. –Se trata de hablar contra la Democracia porque simplemente se entiende que es lo único que hay, lo único que se ve, en el sentido de que cualquier otra forma de organización del Poder está de alguna manera destinada a concebirse como una aproximación a ésta que hoy aquí padecemos. De forma que todas las demás no son más que prefiguraciones o aproximaciones a ésta, que es la única triunfante y la única verdadera. Esta no sólo Democracia, sino tecnocracia, es la más avanzada Demotecnocracia, Tecnodemocracia o como queráis llamar a esto que padecemos en todos los países que por ello mismo se llaman desarrollados.

En este sentido, se dice que es la única forma de poder que nos toca y por tanto la única contra la que merece la pena hablar. Hablar, que es hacer. Se entiende que aquí, como en cualquier otra conversación o escrito en el que yo siempre pueda intervenir, no se trata de llegar a conclusiones y a sacar programas, lo cual se considera al mismo tiempo un aburrimiento y una inutilidad, sino que, por el contrario, se entiende que esto que estamos haciendo aquí y ahora es un hacer sin más, sin esperar a más; que hará lo que ello pueda, pero que en todo caso no se concibe como una preparación para otra forma de acción; que se piensa, por el contrario, que este hablar es una acción, y únicamente se le deja que el resultado de esa acción, en cada uno, en la colectividad, entre la gente, sea el que pueda ser.

No hay más que una forma de poder: es ésta, la más actual y la más perfecta. Las gentes de los países que todavía no han llegado a esto, las gentes de los países que Ellos llaman insultantemente ‘tercer mundo’, a pesar de que en este momento no se sabe cuál es el primero ni el segundo, no pueden, están condenados a no poder aspirar a otra cosa más que a esto mismo, de forma que es inútil que se intente contar con los ciudadanos, los pobladores, las gentes de estos países, porque toda su aspiración será llegar aquí. Hasta los estudiantes chinos, por poner el caso más extremo. Bien se contentan los representantes del Capital y del Estado progresado de ver como también ellos, al rebelarse contra la forma de poder que les toca (porque, naturalmente, ¿contra quién va a rebelarse el pueblo sino contra la forma de poder que a cada pueblo le toca?), se regocijan y se frotan las manos de ver que, al rebelarse contra ello, caen inmediatamente en la trampa de aspirar a esto: lo que quieren es esto que se llama por aquí libertad, democracia. Es triste, pero hay que decirlo, por si acaso no se oye así de claro a través de las noticias que los medios de formación de masas os ofrecen. Y lo mismo pasa en todos los demás países. En ese sentido, pues, es verdad que esto es el poder real, ésta es la constitución-organización de poder única que nos toca. Entre otras cosas, los países estos que llamamos desarrollados cuentan también con una invasión de inmigrantes de países de los otros sitios que no han llegado todavía; inmigrantes, sectores especialmente avisados o desesperados de esas poblaciones que se lanzan aquí,

sin más, para participar más pronto en la maravilla del desarrollo y de la economía de una tecnodemocracia, dando lugar a los conflictos que todos conocéis, con motivo de la inmigración, y que no son accidentales. Según la descripción que hago, también esos conflictos de inmigración y demás, que tan de cerca nos tocan, forman parte del sistema mismo.

Si alguien, todavía hace cinco años, era tan ciego que podía pensar que había dos formas de dominio, aunque sea con mucho retraso, habrá tenido ocasión de comprobar en los cinco últimos años que también eso era mentira; que el Estado-Capital que se vendía en los llamados entonces países del Este era de verdad, y que era ya hace mucho tiempo, la misma cosa que el Capital-Estado que se vende en los países del Oeste (aunque en este momento, por cierto, sobre todo si nos acordamos del Japón, no hay Dios que sepa decir qué quiere decir Este y qué quiere decir Oeste, lo cual es bastante significativo: la cosa es única y global). Evidentemente hace falta estar muy ciego para no haberse dado cuenta, por lo menos hace veinte años, desde que entraron los automóviles personales en Rusia, de que era mentira lo de la guerra fría, lo de la coexistencia pacífica, en suma, la idea de que había dos. Pero bueno, por lo pronto, la rendición declarada de estos últimos años ha dejado las cosas más claras. No hay más que una cosa: Estado-Capital es lo mismo que Capital-Estado y lo era desde hace mucho tiempo. Por eso es por lo que sin distinguos podemos hablar contra la Democracia como única forma de poder que nos toca.

Fijaos bien que, cuando pienso que esto es lo único real, estoy haciendo implícitamente una crítica de cualquier otra forma de rebelión, de denuncia, de oposición a otras formas de poder arcaicas, pasadas. Esta crítica tiene mucho fundamento incluso también en los círculos llamados anarquistas. Es una desgracia, también endémica, con la que venimos cargando desde siempre: nos encontramos luchando siempre contra fantasmas del poder del pasado, fantasmas del poder de hace veinte, cuarenta o sesenta años. Esto no es una mera equivocación, seguir hablando contra las dictaduras, seguir hablando contra las formas de opresión de la libertad personal. No sólo es una equivocación, sino que es una equivocación sangrienta, es en cierto modo un crimen contra el pueblo. Cualquiera que se distrae hablando de esos fantasmas de un poder que ya no es el poder verdadero, está haciéndole al pueblo un flaco servicio. Está contribuyendo al engaño, porque cualquiera que habla o entretiene hablando, acerca de dictaduras del pasado o del tercer mundo, acerca de formas de dominio más atrasadas, está sugiriendo por lo bajo que, en cambio, ésta que tenemos aquí es la deseable, que esto de la democracia, de “la libertad mía termina donde empieza la libertad del prójimo” y todas las demás tonterías enunciadas desde la Revolución Francesa para acá, que esto es lo bueno y esto es lo que merece sostenerse y por lo que merece que luchemos, no sólo nosotros, sino los negros, los chinos y los indios.

Se está contribuyendo constantemente a este engaño y en ese sentido, sin mucha exageración, digo que esta equivocación es de alguna manera un crimen contra el pueblo. Sólo hay un poder contra el que se debe hablar: es éste de aquí y ahora, el que padecemos. La eternidad de la maldición del Poder sólo se manifiesta de veras en sus formas más actuales, en las que directamente se padecen en la carne, y éstas son las que padecemos aquí de diferentes maneras. Naturalmente, los hay que somos muy privilegiados, los hay que son muy desgraciados, los hay que están en cárceles, los hay que están condenados a la prostitución, los hay que viven en esto que se llama marginación, los hay que son inmigrantes, los hay que... lo que queráis; pero todos padecemos,

cada uno a su manera y en sus sitio, esta única forma de poder, esta Demotecnocracia-tecnodemocracia.

A mí, por supuesto, me interesa, por lo mismo que estoy diciendo, más la forma en que la padecen los más privilegiados. Está claro que acordarse también demasiado de los desgraciados, de los especialmente desgraciados y de los marginados, es también una forma de engaño. Por supuesto, ¿quién nos va a quitar este ánimo cristiano, en el mejor sentido, de ayudar a los prójimos desfavorecidos? Todo lo que se haga en cuanto a movimientos solidarios para redimir a prostitutas, ladrones, marginados, inmigrantes, pues estará muy bien, sólo que eso no tiene que ver nada con la política, a la que piensan estar dedicados muchos de los que estáis aquí hablando conmigo. Eso es una cosa que, sin demasiado demérito, digo que se hace por caridad cristiana, porque realmente, cuando te encuentras a un desgraciado por la calle que te pide dinero, lo más inmediato y contra lo que no tengo ninguna crítica es dárselo, si lo tienes, sin más; y desde luego, sabiendo que no estás haciendo nada, ni bueno ni malo, que estás simplemente quitándote de en medio el problema, de la manera que te resulta más rápida y más práctica. En ese sentido digo que todas esas acciones que están hechas en nombre de los marginados o especialmente oprimidos, especialmente desgraciados, enfermos del SIDA, reclusos en penales y demás, son cosas que deben hacerse con la convicción, de que ahí no se está haciendo nada. Son cosas que se hacen porque sí y porque es como si fuera “natural”, entre comillas. Digo “entre comillas”, porque naturaleza humana no hay, aunque podemos hablar de lo que sustituye a la naturaleza entre nosotros.

Y luego está la política, la política del pueblo que no tiene que ver nada con eso. Y en la política del pueblo, el ataque es siempre por el sitio en donde a cada uno, privilegiado o no, el Sistema le toca. No sólo le toca, no sólo le oprime, no sólo le fastidia, sino que también lo constituye como persona, que es el punto central de este discurso al que dentro de un momento voy a pasar. Antes una advertencia metódica: no sé si Iñaki os ha dicho que tendremos que marcharnos a las diez. No habrá coloquio final, sino que prefiero que lo haya intermedio, de manera que desde ahora, que haré la primera pausa, hasta después, que vaya haciendo las sucesivas, yo creo que debéis estar dispuestos ya a intervenir, tanto en el sentido de exigirme aclaraciones como en el de proponer ocurrencias, por vuestra parte, más o menos contrapuestas, o llevar más allá o formular con más claridad todavía algo de lo que haya dicho; de manera que, en este sentido, mientras bebo un poco de agua espero vuestras primeras intervenciones.

Persona 1ª –¿Qué otras formas puede adoptar el Poder?

A. –Ninguna, ésta es la última y la pregunta me da ocasión –es por eso de agradecer– de subrayar lo ya dicho: no se ven otras formas de poder después de la demotecnocracia esta. Ninguna, digo: ésta, a la que he llamado la única verdadera o real, puesto que todas están condenadas a ésta, al mismo tiempo, digo, es la última. No hay ninguna más allá. Eso de creer en el futuro es cosa de Ellos: son Ellos los que tienen previsto que en el año 2035 las dos terceras partes de la población mundial va a habitar en conglomerados de más de siete millones de habitantes, o todas las demás estupideces estadísticas por el estilo que os meten todos los días. Son Ellos los que saben lo que va a pasar en el año 2035. La gente aquí que estamos con el pueblo, que estamos abajo, no sabemos lo que va a pasar el año 2035. de forma que no tenemos ningún proyecto para el año 2035 ni para el año 2000 ni para el 3000. No sabemos, y la gracia que aquí nos

mueve es precisamente eso de no saber. No tenemos futuro. El futuro es de Ellos. Por tanto, esta forma que padecemos, tal como la padecemos hoy, aquí mismo, es la última. No hay ninguna detrás de ella. Después de ella, según sus proyectos, podrá venir – seguramente serán más fuertes que nosotros– lo que Ellos dicen: el progreso de la demotecnocracia, en los sentidos que Ellos dicen. El mundo de la ciencia–ficción que les meten a vuestros hijos o sobrinos todos los días por los tebeos, donde se ve cómo van a ser los hombres del año 3.000 y cómo van a andar de galaxia en galaxia, pegando saltos, para hacer las mismas estupideces que aquí entre Barcelona y Tarragona. Tal vez sean más fuertes, quizá será un mundo de ese tipo, quién sabe, o a lo mejor no. A lo mejor se rompe y a lo mejor, efectivamente, el pueblo despierta entretanto y entonces no habrá tal cosa. No sé lo que habrá, pero no habrá eso, que es lo que me importa. De manera que, en ese sentido, digo que ésta es la última forma de poder, es la única que nos importa, y que después o vendrá lo que Ellos predicen, con todo su poder, o no vendrá, o no vendrá; y si no viene es gracias a que el pueblo despierte entretanto.

P. 2^a –Me imagino que voy a decir una parida, pero hay un par de cosillas. Anoche me compré un librito que se llamaba “De Finlandia a no sé qué”, que era del Toni Negri. Trataba un poco el tema del desencanto de la época de los sesenta-setenta de la cual había sido un teórico. Me refiero a esto por lo que hablabas de esa gente que nos vende batallas de los años setenta-ochenta que para mí se me quedan en el siglo XIX. Están vendiendo la misma imagen. Yo no lo he leído entero, pero en la conclusión final de una entrevista viene a decir, pues eso: vamos a vivir, vamos a rechazar. Es una preguntita, pero te la concreto. El otro día, escuchando a Aranguren –me parece que se llama Aranguren–, decía que se había quedado casi sin argumentos para avanzar; ante una situación tan borde como la actual, a los movimientos sólo nos queda decir no, no y no, pero sin ninguna alternativa de qué es lo que queremos, no sé si me explico.

A. –Sí.

P. 2^a –Esto como idea. Entonces me gustaría plantear dos cositas: una es, si hay alguna posibilidad de avance. A mi me ha gustado seguir el proceso italiano porque me parece que ha sido un proceso importante en el movimiento obrero de Europa. Otra cuestión sería la de si los intelectuales de este país –porque a mi me pareces una anécdota, tú me pareces una anécdota dentro del intelectualismo de este país– se han vuelto todos intelectuales institucionales o todo el mundo come la sopa boba, y tú eres un... No sé si tú también comes por ser el... No, no sé. Como ésta sociedad se lo come todo, pues a lo mejor también se te come a ti ¿no? ¿Cuál sería el papel de los intelectuales actuales según tú? Me imagino que tendrás más conocimientos que nosotros. La primera pregunta, te lo recuerdo, era si ves alguna posibilidad de avance en el movimiento actual.

A. –La segunda la he entendido bien. La primera está, no contestada, sino formulada; por tanto, si es preciso repetirlo de una manera más clara, como lo he hecho respecto a la cuestión anterior, pues lo repito. La gente que andamos por acá abajo con el pueblo no tenemos futuro. Por consiguiente, si tú preguntas por algún proyecto o perspectiva o ideal, te digo que ninguno, literalmente ninguno. Y pienso que efectivamente es un engaño, pienso que lo que estamos haciendo es lo que estamos haciendo, y entre otras cosas hablando, como aquí ahora, y que ello dará de sí lo que pueda, en contra de lo que tenemos, lo único verdadero que tenemos como Poder; nada más; y que las perspectivas que hay son: o hay futuro, y entonces ganan Ellos, hasta el extremo de los tebeos de ciencia–ficción, o no hay futuro, y eso quiere decir que el pueblo se ha levan-

tado, sin que sepa yo qué es lo que eso que llamo pueblo va a producir, por supuesto, sino simplemente que se va a romper ese futuro. Romper el Futuro, ésa es la otra única alternativa, romper el Futuro.

La otra pregunta es muy trivial. No tiene importancia. Los intelectuales, pues que les den por atrás a todos ellos. Es una cosa que ya se sabe: los intelectuales forman parte del Poder, son una clase bien caracterizada. Justamente en los países de demotecnocracia, la cultura y la educación es una de las armas más importantes del Poder contra el pueblo, más importante que la policía, más que la justicia y más que el ejército, mucho más. Como se demuestra en la distribución de los presupuestos: la cantidad destinada al despilfarro cultural en cualquier país desarrollado, en éste, por ejemplo, es incomparablemente mayor que la destinada al ejército o a la justicia. Eso lo dice todo. Con el despilfarro cultural sólo se puede comparar en gasto, en potencia de gasto, pues cosas como las industrias favoritas de despilfarro: automóvil, televisión, que por otra parte entra en lo cultural, porque la televisión es cultura: es la flor de la cultura, la última flor de la cultura. De forma que está claro que cualesquiera que estén dentro de esos cuadros de la Cultura, y especialmente los que podríamos llamar intelectuales, están vendidos, están vendidos y forman parte del Poder, y cumplen una labor funesta contra el pueblo. Sin más. Unos cobran más y otros menos. Los que cobran más son normalmente los que dicen tonterías más gordas, es decir, engaños más siniestros para con el pueblo; los que cobran menos, pues suelen decir menos de éstas o no tan así...

Y nada, en mi caso particular no entro. ¿Qué dijiste que era? Que a lo mejor era una anécdota, queriendo decir, una cosa rara. No, no hay cosas raras. En cierto sentido, pues bueno, yo, efectivamente, como de esa sopa boba, por lo menos como catedrático de universidad. Claro, de cosas de éstas que estoy haciendo aquí no como mucho que digamos, directamente, pero vamos, por lo menos como enseñante de filología latina, pues sí. Sobre mi caso particular no hablo, porque precisamente de lo que voy a hablar ahora, en esta segunda parte, es de la cuestión de la persona, que es central a mi tema, y naturalmente lo que diga en general de la persona –recuérdalo por si luego te interesa– se me aplica a mí personalmente de una manera íntegra; de manera que es inútil que me detenga mucho en hablar de mí, de mi caso.

P. 3^a –Digo que tú dices que no hay futuro, que no vamos a ningún sitio.

A. –No, no: digo que a lo mejor sucede eso, que ésa es la maravilla, si el pueblo despierta, para emplear un término un poco dramático.

P. 3^a –¿Qué quieres decir? Somos protagonistas de este tiempo que vivimos, o sea, protagonistas de nuestra propia película, en la que vamos a hacer algo que va a repercutir en nosotros, en lo que nos rodea. Y ya está; o sea, que no vamos a ningún sitio, no hacemos nada, esto ya tiene su cauce, está encaminado. El Poder, en forma de Poder, pues, según tú dices, ésta es la última forma de Poder y aquí se acaba; y que el Futuro Ellos lo conocen, Ellos lo saben y Ellos... Entonces, ¿qué es lo que nos queda?

A. –No hay más que dos alternativas: o es verdad lo que Ellos dicen, y son tan potentes como para cumplirlo, y entonces hay Futuro, y el Futuro está hecho de antemano, y entonces es como si estuviéramos muertos ya; o no es verdad, no es tan seguro, no tienen tanto poder y entonces a lo mejor no sucede. Las dos alternativas son bien claras. La una es decir “sí” a todo lo que Ellos dicen, creen e imponen; la otra es decir “no”.

No tiene mucha complicación el aparato.

P. 3^a –Profesor, aun estando en contra de todo poder, aceptó usted un premio. A mí me desasosegó un tanto, como a bastante gente. Ud. tuvo claro desde el principio que si aceptaba ese premio...

A. –Sí, bueno, la cosa te desasosegó a ti y a unos cuantos amigos y a mí mismo, por supuesto, me desasosegó muchísimo. Era un trance bastante peculiar. Yo insisto en que no quiero hablar mucho de mi caso particular, porque después, al hablar del caso particular de cualquiera, estaré hablando también del mío; pero tampoco quiero escurrir el bulto. Lo mismo que he dicho de la cátedra de latín, pues puedo decir, cambiando lo que haga falta, del premio ese. Quien vive como yo vivo, tantos años en esta situación tan ambigua y tan límite, de estar dentro y de estar fuera al mismo tiempo, de no formar parte íntegra de los elementos culturales y de las instituciones de la cultura, etc., pero al mismo tiempo no estar fuera, no retirarme al monte, no marginarme, sino estar metiendo la nariz siempre que puedo, cosa que no me cueste mucho, quien vive en una situación así, yo creo que debe tener ciertas venias incluso para equivocaciones ocasionales. La del premio, no creo. Y no lo creo porque el premio no era tan importante. Yo efectivamente estuve dudando. No tuve mucho tiempo, pues me enteré muy de repente. Estuve dudando durante algunos días, y luego pensé lo que siempre hay que pensar en estas situaciones tan triviales y tan cotidianas: que las cosas se resuelven en plan de tendero, en plan económico. ¿Cuánto da?, ¿cuánto cuesta? ¿Cuánto da?, ¿cuánto cuesta? ¿Cuánto da, es decir, cuánto produce en lo único que a mí me interesa, que es esto de la lucha con el pueblo, el sacar artículos en *El País* para que los lean los quinientos mil o cuatrocientos mil que lo comprenden? ¿Cuánto da? Tanto, según opiniones prudentes. ¿Cuánto cuesta de sumisión, de venta al Poder, por ejemplo, a un órgano como el diario *El País*? Cuesta tanto. Pues, balanza. Balanza por acá, balanza por allá. Y uno decide que, a pesar de todo, merece la pena, algún mes que otro, meterle algún artículo a *El País*, utilizando el respeto falso, bastardo, que puedan tener por el nombre de uno los señores de ese diario. ¿Cuánto cuesta salir en la televisión y cuánto produce? Pues ahí, para mí, la cuenta también está clara. Cuesta mucho más de lo que produce; por tanto, jamás voy a la televisión. Por el mismo procedimiento de la balanza, lo escaso que pueda producir, en cuanto a eso, en cuanto a la lucha con el pueblo y por el pueblo, lo escaso que la televisión, formadora de masas que es por sí, pueda dar, está mil veces compensado por lo mucho que cuesta someter la propia efigie con su nombre a la pequeña pantalla, la flor del poder cultural, la flor de toda la Cultura. Por lo tanto, no se va a la televisión.

¿Cuánto podría producir el premio, en cuanto hacer que unos cuantos miles más de personas entraran en las cuestiones del lenguaje que tanto me importan y en algunas otras cuestiones políticas relacionadas, al aceptar semejante premio? Tanto. ¿Cuánto me costaba? La verdad, no demasiado, en la situación en que estoy; no un grave aumento en mi grado de prostitución, no demasiado grave. De manera que así estamos. Estamos, pues, como medio prostitutas. Es una situación difícil: estamos medio vendidos y medio no vendidos, porque queremos estar dentro y estar fuera. Así que si a alguno de vosotros le intranquiliza demasiado mi propio caso personal, le pido que tenga en cuenta lo dificultoso de este equilibrio, y que tenga alguna venia por alguna posible equivocación, simplemente, en este razonamiento de tendero, en esta balanza de cuánto da para el pueblo, cuánto cuesta, nada más.

P. 4ª –Sólo queremos saber si follas mucho o no.

A. –¿Quién? ¿Yo? No creo que les importe a los presentes, no creo que esa voz tuya represente nada de común aquí. Perdona que sea completamente escéptico respecto a eso. Debe de ser una curiosidad personal. Por tanto, acabo con eso y...

P. 5ª –Simplemente diría que desde posturas antagónicas siempre se habla de pueblo, etc. Se ha repetido varias veces. Siempre se habla de pueblo y has usado varias veces el término ‘pueblo’, y ‘los de abajo’, utilizándolos como sinónimo. A mi me gustaría saber a qué englobas tú con el concepto ‘pueblo’, o qué entiendes por ‘el pueblo’, cuando tú dices “pueblo”. Bueno, supongo que no hay, que todo es mentira; no es hacer demagogia. Me gustaría saber qué es el pueblo, qué entiendes por pueblo. Y a partir de ahí qué se puede esperar.

A. –Sí, sí, precisamente es lo que forma parte de la segunda parte a la que después de agotado el turno de preguntas voy a pasar. En efecto, únicamente debo aclarar de antemano que yo sí he hablado mucho de pueblo, pero que de ordinario no se habla mucho de pueblo. De pueblo hablaban de una manera muy falsa, en tiempos muy lejanos, los fascistas: *il popolo, das Volk* ; pero, en cambio, los demócratas, los demotecnócratas, no hablan mucho de pueblo. Si pueden evitarlo, no mencionan jamás la palabra ‘pueblo’. La demotecnocracia no se las ha con el pueblo: ella trata con el Hombre. La Democracia trata con el Hombre, no con el pueblo; y sobre esto es sobre lo que tendríamos que venir ahora. Pero que coste que, si yo me permito usar tanto la palabra ‘pueblo’ y alternando con ‘gente’, es porque precisamente se ha dejado de usar. Y yo creo que actualmente hasta a los anarquistas les da vergüenza decir pueblo y no precisamente por vergüenza de los usos fascistas de tiempos lejanos, sino por otras razones, que ahora os diré, que tienen que ver con el Dominio, la única forma verdadera de dominio, la de la Demotecnocracia.

P. 6ª. –Agustín, te quería hacer una pregunta. Te quería plantear que, puesto que tú has vivido en París desde el 73-74 cuando nos conocimos...

A. –Desde el 69 hasta...

P. 6ª –Bueno, pero la lucha empezó antes. Te quiero plantear una cuestión: ¿qué es lo que piensas de la lucha armada, de lo que llaman aquí terrorismo?

A. –Pero, ¿por qué me lo dices respecto a Francia en especial?

P. 6ª –No, no en Francia, aquí. ¿Me dejas aclararte la pregunta? La lucha empezó aquí con el M.I.L.

A. –¿Por qué?

P. 6ª –Bueno, antes; me refiero a nivel de lucha armada. Rompiendo con lo que era la izquierda, la extrema izquierda y todo eso; luego pasando por las GARI, grupos autónomos, hasta llegar a Acción Directa. ¿Qué es lo que piensas de esa lucha? Porque la gente que estaba encuadrada en esos grupos, luchaba ya de antemano contra la democracia y contra la dictadura. ¿Me puedes responder qué es lo que piensas, cuando hay gente que...?

A. –Me hubiera gustado estar un poco más metido dentro, en primer lugar, para ver si efectivamente se luchaba contra la democracia. Me hubiera gustado estar muy dentro, porque, la verdad, en mi experiencia, la poca que tengo, eso no fue así, eso no se formulaba así. Mira, estuve en París precisamente (y es la única vez que he tenido conversaciones largas con gente de ETA) en el momento en que se estaba formando ETA. Pues bueno, ETA eran demócratas, te lo aseguro; supongo que lo siguen siendo.

P. 6ª –Nosotros no.

A. –Sí, y respecto a vosotros, te repito, me gustaría o creerte sin más y darte un abrazo, o haber estado más dentro y comprobar desde cuándo se hablaba contra la democracia en el grupo. Habría que haberlo visto. De todas formas, lo interesante de tu pregunta se refiere no a ese grupo en particular, sino a la lucha armada y sobre eso volveremos, por supuesto: lo de la lucha armada, la violencia o el terrorismo o las tres cosas juntas.

Notad que contra lo único que he hablado es contra el Futuro. Por tanto, ya desde aquí podéis entrever, por si no nos da tiempo a desarrollar más esta cuestión, que cualquier forma de violencia organizada, lucha armada y demás que persigue una finalidad futura está cayendo en la trampa que denuncio. Quiero decir, que jamás se me ocurrirá a mí decir nada en contra de quien le pegue una hostia a quien sea porque el momento lo pide, pero en cuanto me hablen de organización para un proyecto futuro, entonces ya empezaré a tentarme la ropa y empezaré a desconfiar. Porque yo aquí no hablaré nunca contra la violencia, pero hablaré contra el Futuro y contra el Proyecto; y si la violencia, como suele suceder en la mayor parte de los grupos, se justifica en nombre de un Proyecto y de un Futuro que se persigue, entonces para mí está tan condenada como la verdadera violencia, que ya sabéis –siempre lo ha sabido la gente de abajo– es la del Estado y el Capital, ésa que ejerce todos los días sobre los ciudadanos, y que la ejerce también en nombre de un futuro, es exactamente igual. De manera que la condena nunca será contra la lucha armada, nunca será contra la violencia en sí; será contra la creencia en que aquello está justificado por una meta que se persigue. En la meta no creo; contra la meta sí hablo.

De una manera descarada, vuelvo a repetir: el Futuro es de Ellos. Hay que dejárselo a Ellos.

P. 7ª –Tal como tenemos ya sentado encima el Poder, que el Futuro es de Ellos, tal como la libertad que hay, que es de Ellos también y toda alternativa que exista es de Ellos, entonces ¿qué opción nos queda a nosotros que formamos el pueblo para llegar a ese momento, para romper ese futuro que Ellos tienen planeado para nosotros?

A. –Por tercera vez digo que la alternativa es simplemente decir “no”. Una cosa es que sea verdad lo que Ellos creen y que sean tan poderosos como Ellos se creen que son, para llevarlo al cumplimiento, y otra cosa es que no sea verdad, que no sean tan poderosos. Y no hay más alternativas.

P. 7ª –Decir “no” no basta.

A. –Decirlo es hacerlo. En primer lugar, como he dicho para empezar, no entiendo que ninguna discusión, ninguna crítica, ninguna conversación, tenga que servir para llegar a un programa de acción. Pienso que hablar es hacer. Y un hablar que no sea hacer, que no sea actuar en el momento, para mí no vale nada. Es un hablar también conde-

nado al proyecto. Y por ello mismo carga con la condena del aburrimiento, y ese aburrimiento revela su inutilidad. De forma que hay simplemente una confianza, no justificada por nada, en que a lo mejor no es verdad el Futuro de Ellos, en que a lo mejor no son tan perfectos y poderosos como se piensan y en que a lo mejor la gente no está tan muerta como Ellos creen que está. A esto, por otra parte, voy a pasar ahora.

P. 7ª –Una puntualización... Todo el rato se está hablando de Ellos, de nosotros. A mí me gustaría saber quiénes son Ellos, quiénes somos nosotros.

A. –Bueno, bueno, de nosotros os he hablado mucho. Se habla de Ellos sobre todo. De nosotros más vale no hablar. Ellos son el Capital y el Estado y sus representantes, está muy claro y yo creo que todo el mundo lo entiende.

P. 7ª –Pero yo quiero saber dónde está el Estado, dónde está el Capital, si está ahí...

A. –Bueno, bueno, sí. A eso vamos a pasar, sí. Pero en todo caso, de momento, ‘Ellos’ quiere decir el Capital y el Estado y todos los que se identifiquen como representantes del Estado y del Capital. Ellos..., está claro lo que la gente dice cuando dice “Ellos”.

P. 8ª –Yo diría que la cuestión que has planteado está mal planteada; es una cuestión planteada de una manera ambigua. Porque si la Democracia, yo estoy de acuerdo contigo, la Democracia está putrefacta, que está todo prostituido, que todo se prostituye en esta sociedad, que no hay nada sano, estamos de acuerdo, pero cuando se critica hay que presentar algo. Pero si tú ya niegas toda posibilidad de llegar a una sociedad mejor, aquí estamos perdiendo el tiempo. Siempre ha habido unas teorías sociales que han pretendido, con más o menos acierto, presentar esa sociedad libre sin explotados ni explotadores, sin prostitutas ni prostituidos y esto mantenía, me entiendes, mantenía una ilusión; pero esto..., no existe ninguna ilusión. Tengo un amigo que hace poco, como si me tirara una piedra, me preguntaba: ¿tú sigues creyendo que la sociedad puede organizarse sin Estado? Y claro, me pone en un aprieto. Lo que pasa es que somos unos ignorantes de nuestras propias doctrinas, porque los teóricos del anarquismo ya preveían las dificultades que se podían presentar al echar por tierra el régimen capitalista y estatal, y decían que había que simplificar las estructuras económicas y políticas al mismo tiempo; es decir, hoy es muy difícil, hablando sinceramente, creer que nuestros propagandistas, los teóricos del anarquismo, opinaran lo mismo que opinaban hace diez años. No opinarían igual, porque ya decían que había que coger las grandes ciudades industrializadas y partirlas por la mitad. Poner las industrias por los pueblos en los que quedara poca gente, que más o menos se conocieran, y que sería más fácil organizar la economía y la administración del Estado, pero, amigo, esto es un tema muy largo. Pero tal y como está planteado es como si estuviéramos ya condenados... Tengo muchos años, pero la gente joven sí parece que está condenada ya a asumir esta porquería que tenemos, porque no hay nada para sustituirlo, he aquí el asunto. ¿Hay o no hay alguna cosa para echar por tierra todo esto?

A. –Sí, creo que ya hemos cogido cuál es el sentido de tú intervención. Sí y gracias. Perdona, pero es que tenemos esta condena maldita del tiempo. Hay una cosa en la que, de tu tan clara exposición, estoy muy de acuerdo, que es en lo mal que se conoce lo que es el Capital y lo que es el Estado. Efectivamente es un punto en el que te invitaría a que siguieras insistiendo. Entre tus compañeros y fuera se conoce mal. En general, se cree lo que Ellos han contado. Y por tanto, una de las funciones que estoy ha-

ciendo aquí es intentar revelar un poco en qué consiste. Porque simplemente con saber qué es eso del Capital y del Estado, la pregunta de si eso es necesario para vivir, para que la gente viva, desaparece. Esa necesidad sólo es desde arriba, de Ellos, y naturalmente, ligada a una concepción determinada del Estado y de la vida económica que no tiene nada de necesario, ni de fatal, ni nada por el estilo. En eso muy de acuerdo. Muy en desacuerdo, ya comprenderás, en lo contrario: la necesidad de la ilusión en otra cosa la he condenado desde el principio. El Futuro es de Ellos. Por el contrario, yo creo que aquí estaríamos perdiendo el tiempo si contribuyéramos a estar reafirmando la creencia en una sociedad mejor, en un futuro sustituto de éste. Éste es el procedimiento del enemigo.

P. 8^a –Así, no tenemos remedio.

A. –No, en esto es en lo que yo comprendo que no nos vamos a poner de acuerdo. Simplemente quiero que quede claro la parte en la que estamos en desacuerdo. Me parece que, en cambio, si se renuncia a ese hablar para sostener una ilusión de Futuro y se dedica uno a hablar, simplemente para decir “no” a lo que se nos impone, de una manera más clara cada vez, siempre más clara, es en ese momento que se está haciendo algo al hablar, en ese momento no se está hablando para ratificar una ilusión; se está hablando contra la Realidad, y eso es lo único que a mí, en cuanto a lo que yo tenga de pueblo, me importa. Hablar contra la Realidad. Y lo que de ello salga depende simplemente de la confianza en esa cosa a la que llamo pueblo, o como quiera que se le llame. Y a esto es a lo que vamos a pasar.

Al terminar la primera parte, os invitaba a que, más que ocuparos de las manifestaciones escandalosas de la única forma de Dominio que digo, manifestaciones escandalosas en la marginación, en la drogadicción, en las muertes sistemáticas (en las ejecuciones –diría yo– sistemáticas) por automóvil cada fin de semana y en todas las demás desgracias por el estilo, nos fijáramos en lo que a cada uno, y preferiblemente si es relativamente privilegiado, como lo somos la mayoría de los que estamos aquí, le toca, se le impone. Porque, efectivamente, nadie se libra; y si uno no aprende a reconocer que sus heridas personales son las mismas de los desfavorecidos y desgraciados, está también haciéndole un flaco servicio al pueblo, se está equivocando. Lo que yo padezco es lo mismo que padece el último de los drogadictos y de los penados y la última de las prostitutas. Es lo mismo. Naturalmente, a cada uno como le corresponde.

¿Qué es lo que uno padece, esté donde esté, por parte de esta última forma avanzada de democracia? Lo que uno padece es simplemente la administración de lo que Ellos administran; y lo que Ellos administran es, en una palabra, la muerte. Lo que administra el Poder es la muerte. Fijaos bien, para que no nos equivoquemos con imágenes sangrientas. No digo que el Capital y el Estado se dediquen a cachipodar a las gentes del pueblo, ni a ejecutarlas. De vez en cuando lo hacen, pero es lo de menos. No digo que den la muerte: digo que la administran. Y éste es el punto, yo creo, esencial para entender cuál es la forma del poder que padecemos.

Administrar la muerte quiere decir convertir totalmente nuestra vida, la de cada uno y la de la gente, en tiempo. Un tiempo contable, con sus números, al cual llamo muerte, porque la única vida que merecería no llamarse muerte es una vida que no fuera tiempo, una vida que no estuviera contada en horas ni en jornadas, ni en semanas ni en años. De forma que la única función esencial del Estado y del Capital es que la vida

quede convertida absolutamente, totalmente, en tiempo. Un tiempo que, según el truco que todos conocéis y padecéis bien, se divide en tiempo de trabajo y tiempo de diversión. Los dos son el mismo. Éste es un engaño importante, en el que nadie debería ya caer. El tiempo de trabajo, en la forma más avanzada de democracia, es literalmente un tiempo de trabajo para nada. Esto conviene entenderlo bien, porque Ellos nos hacen creer que es que hace falta trabajar.

Es evidente –y cantidad de gente desde hace por lo menos un siglo o siglo y medio lo está diciendo– que desde que se inventaron las máquinas no hace falta trabajar. No hay ninguna necesidad verdadera de trabajar; pero con el progreso, con su decantado progreso, ¿ha disminuido, en algo, en los países más desarrollados, en las capas más altas y privilegiadas, ha disminuido la sumisión al Trabajo? Al contrario, ha aumentado. Ha aumentado en las capas más bajas, porque cualquier trabajador u oficinista normal, que vive en un suburbio de Barcelona o de Madrid, además de tener que trabajar las siete u ocho horas que trabajaban sus antepasados, tiene que trabajar otras cinco o seis horas conduciendo un chisme o sometiéndose a medios de comunicación imposibles. De forma que su jornada se convierte en una jornada de doce o quince horas. Ni en las capas más privilegiadas ha disminuido la sumisión al Trabajo, porque el señorito, el hijo del burgués de hace cien años, por lo menos se suponía que no daba golpe y que disfrutaba de la vida, pero ¿quién coños va a pensar eso hoy de cualquier hijo de ejecutivo ni ejecutivo, si todos están condenados, más o menos, a la misma especie de mierda? Si tienen que estar dedicados a comprar, lo mismo que todos, y si les corresponde comprar un yate, pues a comprar un yate, y como lo ha comprado, a tener que usarlo. Y si les toca comprarse siete autos para la familia, pues a comprarse siete autos y después, como los han comprado, a tener que usarlos. Es decir, igual que el último de la cola, más o menos, en sustancia: igual que el último de la cola. Ni Dios disfruta de la vida. Ni en lo más alto, ni aun yendo por el camino del Estado. Porque vamos, ya me diréis cual es la vida de un político, de esos políticos que hacen la política que aquí no hacemos (porque aquí estamos justamente haciendo la política que no hacen los políticos que hacen la política esa). Imaginaros cuál es la vida de uno de esos políticos: tan esclava como la del trabajador del suburbio madrileño que tiene que emplear cinco horas de transporte. No es casi nada; es la esclavitud, la de la burocracia, en todos sus niveles, en una demotecnocracia avanzada. Trabajan mucho más que sus abuelos, por supuesto. Sus abuelos, aquéllos a los que se llamaba burgueses y que, efectivamente, tenían también sus ocupaciones, pero que por lo menos a la gente del pueblo le parecía, mirando para arriba, que eran unos verdaderos privilegiados, que por lo menos ellos disfrutaban de la vida.

Reducción, por tanto, de una mitad de la vida a un tiempo de trabajo para nada, un tiempo de trabajo que efectivamente está creando sus propias necesidades de trabajar, completamente en el vacío, ya desde hace mucho tiempo. Ninguno de vosotros ignoráis –y a lo mejor muchos de vosotros estáis empleados en ello más o menos– que una de las industrias esenciales de la demotecnocracia es la de la creación de necesidades, la de la creación de nuevas necesidades. No tengo que enumeraros las diferentes oficinas en las que esto se produce, esa producción de necesidades. Sin ella, sin esa oficina, sin la oficina creadora de nuevas necesidades, de renovación de necesidades, no habría demotecnocracia.

Es, por consiguiente, un tiempo de trabajo creado sobre el vacío, evidentemente según modelos, como siempre, arcaicos, según modelos de los tiempos en que había es-

clavos, en que había obreros en la fábrica y niños en las minas de Inglaterra de hace 200 años, cosas de ésas. Siempre los fantasmas del pasado actuando, pero de una manera destinada enteramente a la falsificación. Hoy día el trabajo que hace trabajar a la gente es un trabajo inútil. Si os ponéis un poco de bordes y me decís que no será todo inútil, os diré que, bueno, en el 99%, qué más da. Si todo el mundo sabe que con un 1% de lo que se trabaja podríamos vivir, no voy a decir como Dios, pero como los ángeles, por lo menos, sin que nadie tuviera necesidad de dar golpe ninguno. ¿No?

La otra mitad es el tiempo de la diversión, que no es distinto, sino el mismo, exactamente el mismo. Se teme desde arriba que hubiera un momento en que el vacío a que condenan la vida se reconociera a sí mismo, se sintiera como vacío. De forma que Capital y Estado se ven en este trance de que tienen que vaciar la vida, íntegramente si pueden, convertirla toda en tiempo contado, intentando, al mismo tiempo, que la gente no se dé cuenta de que le están haciendo eso. Eso es necesario. Para eso sirve esencialmente la diversión: para llenar el tiempo vacío que algunos todavía, de una manera bochornosa, llaman tiempo libre; para llenar el tiempo vacío, con lo cual se consigue que ese tiempo vacío siga tan vacío como antes, pero que, encima, nadie se dé cuenta de que está vacío.

Bueno, los ejemplos son a millares. La vida, vuestra vida, está llena de eso. Las horas que pasáis o que pasa vuestra tía delante de la televisión son un ejemplo. Se lo pasa como Dios, ella. ¿Qué más va a querer ella? ¿Que le solucionen tres horitas, cuatro horitas? ¿Qué vida le va a tocar vivir? Ésa, una vida que es tiempo: tres horitas, cuatro horitas. ¿De qué manera? De la menos comprometida, de la menos comprometida. Recibiendo lo que la pequeña pantalla, invariablemente, por lo menos en el ideal de Ellos, ofrece. Invariablemente. Donde no puede aparecer nada que comprometa ese puro consumo de tiempo vacío. Si no, el sistema fallaría.

Consumiendo eso, los muchachos y muchachas, en la flor de la vida, 17-18 años, se van el viernes y el sábado a la discoteca y están obligados a estar desde que llegan a las doce hasta las cuatro, hasta las cinco, hasta las seis, hasta las siete. A ver quién aguanta más. A ver quién aguanta más, matando horas de discoteca; es decir, sin que pase absolutamente nada. Garantizando, con todas las garantías posibles, que no va a pasar nada, porque ningún sitio más impropio para que surja ninguna aventura amorosa, para que surja nada dulce ni bueno, que una discoteca. Puro ruido que lo llena todo y latidos de tiempo que lo están llenando todo. Quien está cumpliendo con esa ley os ofrece otro ejemplo de lo mismo: la vida reducida a mero tiempo, tiempo vacío, y encima en su mitad de diversión. Un tiempo vacío que no se deja sentir como tal porque, efectivamente, si por un momento el aburrimiento de ese tiempo vacío floreciera, se sintiera, podría dar algo que podría llamarse levantamiento popular, una verdadera desesperación indignada que se lanzara contra el Poder.

Esto es la administración de la muerte, descrita en demasiado pocas palabras, porque podría pasarme días y noches hablando, que es haciendo, para describiros simplemente lo que cada uno de vosotros está padeciendo todos los días. Pues bien, si alguno de vosotros desconoce que lo que le pasa, cuando compra un auto nuevo o cuando está delante de la televisión o cuando se pasa la noche del viernes en la discoteca, es exactamente lo mismo que les pasa a los más marginados y a los más oprimidos, se está equivocando. Está perdiéndose la ocasión de palpar de veras lo que es el Poder sobre la vida y lo que podría ser alguna forma de desesperación liberadora de ese Poder.

Lo que podría liberarse no sería ni tú ni yo. Las personas, como personas, son lo mismo que el Capital y el Estado. Son Ellos. Yo soy Ellos, en ese sentido: antes os lo decía de pasada. Cada uno no padece lo que estoy diciendo que se padece. ¡Qué coños va a padecer uno, lo que he contado que se padece! ¡Si uno parece que está en sus glorias, cuando se compra el auto y cuando ve la televisión y cuando va a la discoteca! ¡Si él parece que no quiere nada mejor en este mundo! ¡Si a él personalmente le parece que está disfrutando de la vida! De manera que dejémonos de hipocresías. ¿A qué coños os voy a decir que yo personalmente sufro esto que os estoy diciendo que se sufre? No soy desde luego yo el que lo sufre. No soy yo personalmente el que lo sufre. Yo, por el contrario, estoy constituido por ello, lo cual es mucho más grave. A mí se me ha hecho así: se me ha hecho un cliente del Capital y un súbdito del Estado. Y lo soy íntegramente, yo personalmente, es decir, representado por mi D.N.I., por mi nombre propio, por mi relación bien establecida con fulana, por mi localización en tal o cual sitio, por mi pertenencia a tal o cual nacionalidad, por mi profesión, por mi ascripción a determinado puesto de trabajo. Ese Yo, bien definido, personal, desde luego, ése no tiene nada que sufrir del Capital y del Estado: para ése están, de color de rosa, abiertas todas las promesas de la demotecnocracia.

Como se sabe ya, desde el evangelio que se predicó en el primer país que entró por la demotecnocracia, en los Estados Unidos de América, cualquiera tiene derecho a aspirar a lo más alto de la pirámide, cualquiera puede llegar a ser el más alto de los ejecutivos en el Capital o en el Estado o en las dos cosas juntas, porque ya estamos llegando, en el progreso máximo, a un sitio en que el ser presidente de los EE.UU. o director de unas cuantas cadenas de banca viene a ser la misma cosa, porque Estado y Capital, en el progreso, se confunden en lo mismo. Para cada uno personalmente, y con tal de que se venda sin dudas y con la mayor integridad, está abierto ese futuro, está abierto el éxito en la vida. Está abierto trepar hasta muy arriba, hasta lo más arriba que se pueda desear en la pirámide. Y eso os lo están vendiendo todos los días en la televisión y fuera de la televisión. Ese ideal es una renovación del ideal de Napoleón: cada soldadito lleva en su mochila el bastón de mariscal. Promoción, eso es en la tecnocracia.

En efecto, no son hipócritas en esto Estado y Capital, de ninguna manera son hipócritas: Ellos de verdad tratan con individuos personales, Ellos de verdad confían en el Individuo Personal; y tienen razones para confiar, porque saben que el Individuo Personal es íntegramente reaccionario, que yo, en cuanto persona, no puedo ser otra cosa más que reaccionario; es decir, alguien que aspira a los beneficios de los que ha llegado a tener una ideíta que, por otra parte, le han puesto, le han impuesto; alguien que aspira a trepar en esa pirámide, alguien que aspira a un futuro, alguien que aspira a poseer, alguien que aspira a la seguridad, en el amor o en lo que sea. Es decir, íntegramente reaccionario, así es cada uno, sin excepción. Si me queréis decir que más o menos, pues después os explicaré en qué sentido puede decirse “más o menos”; pero no es ahora el momento de introducir ninguna excepción. En cuanto de verdad yo, personalmente yo, no puedo ser otra cosa más que conservador, reaccionario, buscador de mi seguridad, buscador de mi máximo beneficio personal.

Por tanto, Capital y Estado hacen perfectamente bien en confiar en ese Individuo, porque saben bien en quién confían. Naturalmente, no se limitan a confiar en él: lo fabrican. Porque ahí está el secreto: no es sólo que Estado y Capital se hayan encontra-

do, desde el comienzo de la Historia, bastante bien hecho este sujeto esencialmente reaccionario, sino que, como había peligro de que no todos fueran así o no fueran tan así cada uno de todos, y por tanto el aparato fallara, se han apresurado y en el máximo progreso se apresuran, sobre todo, a fabricarlos así: perfectos súbditos del Estado, perfectos clientes del Capital. Gente cuya vida no es otra cosa, íntegramente, que trabajo inútil, diversión complementaria y compra-venta de los chismes inútiles consiguientes.

Este individuo que llega a entender, por beneficio suyo, ese ideal es, por supuesto, el Sujeto perfecto para Estado y Capital. En él confían Ellos. Los politicastos de allá arriba, también los banqueros, si se tercia, suelen llamarlo ‘El Hombre’; les gusta mucho el Hombre. Como antes os dije, no está bien hablar de pueblo, incluso hablar de gente es demasiado vago. Pero el Hombre, el Hombre es precisamente esa porquería que acabo de describir. El Hombre es el Individuo Personal perfectamente constituido. Eso es lo que en el Estado, lo que en el triunfo perfecto de Estado y Capital constituiría las poblaciones del mundo; lo único que habría: poblaciones íntegramente constituidas por un número determinado de Individuos Personales. Notad que el hecho de que las poblaciones constituidas por Individuos Personales se puedan contar en número de almas, no es ningún accidente: el número, el número justo al que Estado y Capital aspiran en sus estadísticas, es justamente la prueba y el sostén de la unidad y de la individualidad.

P. 8ª –Parece que estás haciendo la apología de Hitler o de cualquier canalla. Haces la apología del fascismo, tú, tú eres un mal individuo. No has dicho más que tonterías y mentiras, y mentiras. Si me dejaras, te lo puedo demostrar cuando quieras. ¡No hay derecho, hombre!

A. –Éste es, éste es el Hombre, muchas veces con mayúscula, como corresponde a los nombres propios. Éste es el Hombre, es decir, lo mismo que el Individuo Personal que constituye de verdad los sujetos–objetos de Estado y Capital.

Si el ideal de Estado y Capital triunfara, la población humana no sería más que eso; naturalmente repartida, repartida tal vez en compartimientos herederos de los actuales Estados, compartimientos bien contabilizados cada uno de ellos; sustituible a lo largo del tiempo de una manera ordenada, si es posible creciente, por el momento creciente. La proliferación de Individuos Personales es cosa del Capital y del Estado en nuestros días; continuamente viven dedicados a la fabricación de más y más futuros compradores de autos y televisores. Eso se llama “niños que nacen”. Viven dedicados continuamente a eso: a hacer que se produzcan más y más Individuos Personales. Naturalmente las instancias de educación de los países desarrollados están bien dedicadas a procurar que los niños que han nacido no sean, y desde pronto, no sean ninguna otra cosa más que eso, es decir, más que Individuos Personales, bien cerrados.

Bueno, ésta es la parte que yo querría que fuera la más triste y la más doliente. Ahora, frente a ello, lo único que hay que decir es esto: el hecho de que estén constantemente, y también hoy día, practicando desde arriba la fabricación de Individuos Personales es una prueba de que su plan no tiene un éxito total, de que, aparte de Individuos Personales, que constituyen sus Masas contadas, hay más que eso. Hay algo que se les escapa siempre. Repito: el hecho mismo de que se dediquen, y también hoy día, con tanto empeño a que cada uno sea cada uno y que en conjunto se nos pueda contar, eso mismo prueba que su empresa no ha triunfado, que no hay solamente, como en su

ideal lo habría, Individuos Personales, contados y constituyentes de las Masas de compradores del Capital y de súbditos del Estado.

Hay algo más, algo que no es eso. Pero fijaos bien que apelo al propio testimonio de la actividad de Ellos, de los sometedores. Es evidente que, si estuvieran seguros de que en el mundo no hay ya más que Individuos Personales, estarían tranquilos; estaríamos en el mundo perfecto: en un mundo donde ya no podría pasar nada. No es así. Se están continuamente fabricando, por parte del Comercio y del Capital, por parte del Estado a través de la educación, se están continuamente fabricando y asegurando que los individuos sean individuos.

¿En qué consiste uno de los principios fundamentales de la Democracia? Pues, ya lo sabéis: en el Voto, en la Mayoría. Éste es el punto central, el más inmediato, el más fácil al que puede dirigirse vuestro ataque, cuando os sintáis impulsados a actuar, no como personas, sino como pueblo, cosa que de vez en cuando sucede. El punto de ataque es la Mayoría, una noción esencial a la demotecnocracia más avanzada, precisamente porque Ellos saben que su proyecto de administración de muerte no ha triunfado totalmente. Si Ellos pudieran, ¿qué falta les haría contar con las votaciones ni con la Mayoría, si tuvieran la totalidad? Pero no tienen la totalidad y lo saben muy bien. Entonces el truco esencial es el de la Mayoría que se hace valer por la totalidad.

Fijaos bien que la Mayoría en votaciones o en lo que sea, o en la compra de los grandes almacenes o en lo que sea, la Mayoría es siempre una mayoría de Individuos Personales, contados, señores y señoras con su nombre propio cada uno. Los otros, los que quedan fuera de la Mayoría porque no votan o porque votan mal o porque incluso no saben manejar la papeleta de los votos, hacen borrones o cosas así, éstos no están seguros de que sean personas. Los que es seguro que son personas y contables son los de las mayorías.

A la Mayoría se le hace bonitamente representante de la totalidad, y todos nos quedamos tan frescos. Ésta es, ésta es la especie de argucia que maneja cada día entre nosotros el Capital y el Estado y a la que obedecemos con harta sumisión. La Mayoría representa la totalidad. ¡Pues no! ¡Desde aquí abajo decimos “no, no es verdad, la Mayoría no representa la totalidad”! La Mayoría son Individuos Personales y, por tanto, reaccionarios. Lo sabemos, lo advertimos: no ha habido jamás una votación democrática, cuyo resultado no haya sido reaccionario; no ha habido ni volición ni referéndum de la cual podamos decir que el resultado haya sido otro que el que se podía esperar de la reacción, y de la fidelidad y de la sumisión más creyente. En efecto, la Mayoría está compuesta de Individuos; cada Individuo es reaccionario; la Mayoría es reaccionaria. Y en esto confía ciegamente la Democracia. Ninguna votación le va a dar jamás ninguna sorpresa. Lo más que puede hacer es ayudarle a ese truco del cambio para seguir igual; eso de cambiar, a lo mejor, hasta de liberales a socialistas, o de socialistas a liberales, o cualquier otra tontería por el estilo; o de Demócratas a Republicanos y de Republicanos a Demócratas en EEUU. Hay gente que se sigue entreteniendo en creer en estas diferencias, en no reconocer la mera tontería que es ese truco de cambiar para seguir igual.

Pues sí, a eso sí ayudan las votaciones. Las votaciones, en eso, como en todo lo demás, funcionan de esa manera porque la Mayoría, compuesta de Individuos, es reaccionaria. La evidencia es que la Mayoría no son todos y que por fuera queda mucho.

Es justamente a eso, a lo que no he descrito, a lo que no se cuenta, a lo que todo el rato he estado aludiendo como ‘pueblo’, por si alguna vez había quedado alguna oscuridad. Es eso lo que he dicho que está abajo. Es eso lo que he dicho que está sometido, de verdad, al Estado y al Capital; no yo, personalmente, que jamás estaré sometido porque soy parte integrante: el pueblo, gente no contada, que no vota, que no forma mayoría, que no forma tampoco minorías bien contadas. No forma nada. Que simplemente queda fuera de la cuenta. Fijaos bien que esto quiere decir dos cosas y con esto termino: quiere decir que en las poblaciones, aparte de haber una mayoría indudable de personas bien constituidas y, por tanto, reaccionarias, dispuestas a comprar lo que les manden y a votar como les digan; aparte de eso, hay más gente. Hay evidentemente más gente, y siempre hay más gente, siempre hay gente que no entra. ¿Que al no entrar, lo pasa más o menos mal? Bueno. ¿Que puede caer en la marginación, que es al mismo tiempo otra forma de regresar a la organización? (Porque los marginados, los locos, las prostitutas, están evidentemente dentro de la organización) Accidentes. Pero en todo caso, hay, por lo pronto, gente que no entra en la cuenta y es a ésa únicamente a la que se llama pueblo.

Fijaos bien que Estado y Capital ni siquiera dicen ‘pueblo’; pero si alguna vez lo dicen, o dicen ‘gente’, lo hacen idéntico con lo que aquí he descrito como Masa de Individuos. Aquí querría que hubierais visto bien claro que es lo contrario: ‘pueblo’ no tiene de por sí ninguna definición. Pero con decir que no es eso, que no es una Masa de Individuos, que no es Individuos, con eso se está diciendo, ya, mucho más de lo que parece.

Y eso que sucede en las poblaciones, eso sucede en mí, en ti, en cada uno. Esto es también importante verlo. Porque, después de todo lo que he dicho del Individuo Personal, como idéntico con Estado y Capital, conviene que no haya ninguna equivocación en ese sentido. Si yo personalmente estuviera bien hecho del todo, si no tuviera contradicciones, si supiera a dónde voy, si tuviera un futuro bien fijo, si hubiera alcanzado mi seguridad, entonces yo sería un perfecto número de la masa, un integrante, un perfecto Individuo, seguro de sí mismo, como le gusta a la Demotecnocracia, y por tanto contribuyente a la seguridad del número de las Masas.

Bueno, pues en muchos casos –no tengo que contároslo– sucede que no es así, sucede que yo no estoy bien hecho del todo; que, por el contrario, estoy lleno de contradicciones, estoy lleno de dudas; que tan pronto digo para mí “blanco”, como digo para mí “negro”, y que muchas veces caigo hasta en trance de desesperación de puro mal que me entiendo a mí mismo. Trato, evidentemente, de curarme; porque personalmente soy reaccionario, como Estado y Capital, y si es preciso iré hasta al psiquiatra, para que se las haya conmigo y me reintegre bien, me constituya como Dios manda, como un alma bien hecha y sin dudas y sin roturas. Pero por mucho que combata contra ello, la evidencia de mi inseguridad, de mi malformación, es algo que está siempre presente.

Claro, estadísticamente, se puede decir que esto con la edad disminuye, que a los niños y los muchachos a medio hacer les pasa esto de una manera mucho más ferviente –y que sería mucho más útil– que a los mayores ya establecidos; pero en todo caso, ni siquiera, hasta el momento de esa muerte que Ellos administran, en la que se cumple el tiempo al que Ellos querrían que toda vida quedara reducida, ni siquiera hasta entonces llega uno a estar bien hecho del todo. Siempre tiene hendiduras, resquebraduras; siempre tiene contradicciones, dudas; siempre está dispuesto a no saber muy bien quién es,

a quedarse sorprendido de sí mismo, a encontrarse con cualquier choque pasional que le revela que no tenía ni puta idea de quién era él mismo, cosa que sucede con gran frecuencia.

Bueno, pues por ahí asoma el pueblo también. Eso en lo que no soy el que soy, eso es pueblo. Y eso en cualquiera, privilegiado o marginado o lo que sea, está vivo. De forma que la imaginación de la cosa en las poblaciones tiene que complementarse así: también aquello en lo que yo no soy yo quiere decir que por ahí soy pueblo. Por ahí soy pueblo, soy contradicción, soy desesperación, soy una rebelión incurable contra la forma de dominio que me está impuesta.

Termino haciéndoos ver qué conexión es la de lo uno con lo otro. Precisamente, el hecho de que cada uno suela no estar muy bien hecho del todo, es lo que hace que aquello que llamo pueblo sea incontable. Se comprende muy bien: sólo se cuentan unidades bien hechas; una unidad que no está bien hecha, no se la puede contar, ni por tanto puede dar lugar a Mayoría ni a poblaciones de clientes ni a poblaciones de súbditos. Lo uno es lo otro.

Si alguien tiene todavía dudas respecto a pueblo, muchas veces suelo acudir al lenguaje, porque el lenguaje hablado y corriente, éste que aquí ha estado hablando por mí y que pretendía ser una acción, el lenguaje corriente, popular, no el de los intelectuales, no el de los cultos, es del pueblo, es decir, no es de nadie.

Ése es otro testimonio al que apelo; pero hoy a lo que quería apelar propiamente es a la contradicción y a la malformación de cada uno. Ese es el testimonio esencial. Si alguien duda de que hay pueblo, que acuda a ella, que acuda a su propia malformación, a su propia inseguridad, a sus propios conflictos consigo mismo. Ahí es donde, de la manera más cercana, puede tocar qué es eso de pueblo y de paso entrar en una cierta comunicación con las desesperaciones, imperfecciones y malformaciones de otros. No, ninguna solidaridad; no, porque ahí no caben cosas tan tremendas como la solidaridad, pero una cierta comunidad, una cierta comunidad en contra de la identidad personal. En la desesperación, en la malformación, en la contradicción, en el sufrimiento, nos encontramos.

Esto era lo que tenía que añadir respecto a pueblo y respecto a la Demotecnocracia o forma última, única y verdadera de Poder que pesa sobre el pueblo. De manera que si nos queda algún tiempo... ¿cuánto?... lo dedicaremos, dentro de lo posible a las aportaciones que quieran hacer los compañeros.

P. 9ª –Bueno, si el Poder, el Estado nos asfixia, si no tenemos futuro porque es de Ellos, los que seguimos siendo rebeldes, insumisos, irredentos, no tenemos otra alternativa que el poder de la palabra. ¿Qué nos queda? ¿La locura? ¿La enajenación?

A. –No hay por qué preguntarse eso, creo yo.

P. 9ª –Bueno, yo me lo pregunto.

A. –Cuando se dice que tal vez el proyecto de Ellos no es triunfante y no está cerrado, ¿para qué preguntar qué queda? Queda eso, queda el hecho de que el terreno no está cerrado, de que el éxito no es total. Eso en lo que no es total, eso en lo que sigue palpitando algo de pueblo es lo que nos queda. A no ser que pensemos tomar el Poder, ¿eh?

Porque también nos puede suceder que pensemos que el pueblo va a tomar el Poder, lo cual, después de lo que me habéis oído, a pocos se les podría ocurrir; pero, vamos, por si acaso a alguno se le ocurre todavía ese malabarismo verbal. Pero... salvo eso, nada: nos queda eso, nos queda el hecho de que todavía no todo es muerte, de que todavía hay contradicciones, de que todavía, aparte de las Masas de Individuos, hay gente viva, que todavía en mí mismo hay algo que vive y que no es una muerte administrada: eso nos queda. No parece tan poco, ¿no?

P. 10^a –Bueno, hace un momento dijiste que era un pasaje triste. Yo no he sentido ninguna tristeza, al contrario. Productor de mierda, consumidor de mierda, estoy hasta los cojones, me escapo siempre que puedo. Me identifico con muchísimas cosas que has dicho. Tengo miedo a decir que me identifico con todo, porque posiblemente no me identifico con todo, porque soy un traidor a mis mismas ideas, porque hago cada marranada inmensa; y quizás eso me permita, en momentos determinados, mandar a la mierda y desaparecer, y volver. Y en esas desaparecidas, en esas escapadas, puede ser que sea pueblo. Y como no voy a contabilizar, porque algo aprende uno, a pesar de ser un burro, ¿eh?, pues mañana voy a hacer que la palabra sea palabra y quizás no preocuparme tanto de si me votan, de si me ven guapo, si me ven feo o si tengo que beber esta marca o la otra, o lo que sea. Evidentemente, yo me voy muy a gusto y no necesito nada más para sentirme a gusto. Que les den por el culo y aprendamos que estamos para aprender, y no precisamente del compañero; aunque en honor a la verdad, muchas gracias.

A. –Sí, yo lo único que decía es que podía ser triste..., porque, efectivamente, cuando uno está mucho rato dedicándose a hablar, a destruir, pues muchos tienen la impresión de que, bueno, es triste y dice: ¿dónde está aquello del pueblo que decías? Y en seguida tienden a ir a terrenos más alegres; pero, vamos, es muy frívolo hablar de tristes y alegres a esos respectos.

P.11^a –A veure, jo, és que m'agradaria que no t'anessis massa content. A mi m'agradaria que més aviat t'anessis una mica amargadet. No sé, és el meu desig, no? I llavors no sé. Jo no m'aniria a gust, jo m'aniria a disgust. No sé si actuó una mica impulsat per la caritat cristiana que tu critiques, que jo també critico; pero, bueno, a mi m'ho ha semblat, quan aquest personatge ha intervingut. Per a mi és un tio absolutament honest. Potser sí que s'ha deixat endur per un cert apassionament, quan t'ha qualificat de feixista; potser sí, potser sí. Jo de moment no t'ho dic que siguis feixista. Tinc els meus dubtes, pero no t'ho dic. Et faré aquest petit favor. Ara bé, el que sí voldria dir, en tot cas, és que... no sé, sobretot la gent que hem vingut aquí, em sembla que, dintre de tot, som molt més macos que tu mateix, no? El que vull dir és que, si es tracta de fer escapades, està de puta mare, fer escapades, i la desesperació és una cosa a reivindicar, i és superguapa i molt enrotlladeta. Ara bé, intentem-les, si us plau, intentem-les canalitzar, no fer-les nosaltres solets. No ens castiguen! més, vull dir. Si hem de fer escapades, fer-les per alguna cosa que realment valgui la pena.

A. –Yo no sé si no sería... No, no le quites el micrófono... Me temo que, con mi poca costumbre de oír catalán, no te he seguido bastante bien. Podrías, aparte del catalán... me temo...

P. 11^a –Qué passa amb el català? Que és una llengua morta, eh?

A. –No, no, perdona que insista un poco. Es que, aparte del catalán, me temo que sería muy bueno que trataras de concretar cuál es lo que te parece, de lo que has dicho, la formulación más exacta.

P. 11^a –Escolta'm. Perdoneu, pero és que en castellà no hi parlaré. Perdoneu-me. Ja ho sé, pero hostia, jo no soc de Madrid! M'entens? Ni sóc espanyol! Llavors a mi no em dona la gana d'adragarme a ell en una llengua, en una llengua que, primera, no és la meua llengua i que, si la sé, és per obligació, perquè me l'han feta aprendre per la forfa; llavors, no et faré aquest trist favor.

A. –No... pero yo te pediría que, aunque está bien lo del catalán...

(Tumulto...)

P. 12^a –Tu parles molt malament el català, contenga per aprendre'l. La teva sintaxi és molt dolenta, la teva sintaxi del català és molt dolenta. Primer aprén la llengua i defensa-la, si no, no ho facis.

A. –Por lo que te había oído y me ha parecido que decías, aparte de estar en el deseo de que yo lo siguiera, es que estaba demasiado vago. Te pedía que eligieras la formulación, en breve, que te pareciera más exacta de aquello que me habías dicho, ¿comprendes? Que centraras un poco. Que te centraras un poco en el punto que te parezca más oportuno.

(Tumulto...)

P. 11^a. –Vale, pues voy a intentarlo. No, no...

A. –No era esencialmente el catalán.

P. 11^a –Vale, de acuerdo. Perdonad, que a partir de ahora voy a intentar espresarme en castellano, para que tú lo entiendas. Voy a intentar, vale que sí, voy a intentarlo, Agustín. Para mí el problema, el problema tuyo, lo que no me gusta de ti, por decirlo de alguna manera, es este reivindicar sólo el carácter negativo de las cosas. De acuerdo, tampoco estoy del todo de acuerdo con el hombre, con el compañero que ha marchado. Yo tampoco veo muy bien que hayamos de ir a proponer proyectos positivos, ni proyectos alternativos de ningún tipo. Esto tampoco lo veo.

A. –Perdóname que te corte. Es que si empiezas otra vez igual que antes, nos vamos a perder. Procura ser un poco tajante.

P. 11^a –¿Hombre, tajante? Pues nada. En todo caso decir esto, que no te sepa mal, pero que de la misma forma que hay gente que se irá muy a gusto, y tu capacidad dialéctica a mí también me deja muy a gusto, participar de ella, como espectador pasivo; pero, bueno, también los hay, y perdona que no sea capaz ahora de racionalizártelo, pero también los hay, también estamos gente aquí –pienso– que nos iremos un poco a disgusto, ¿eh?, porque no hemos quedado tampoco convencidos de lo que...

A. –Eso es lo que yo quería concretar un poco más, el problema del disgusto. Ésa era

la cosa. Porque desde luego no es nada comparable con este viejo compañero que se marchó indignado, porque él simplemente llegó un momento en que no podía entender, y además yo entiendo muy bien por qué no podía entender. Porque es que en las viejas conversaciones y manuales y libros anarquistas, precisamente, se hablaba mucho del individuo. Yo he tenido ocasión, mil veces, de discutir con anarquistas viejos, donde efectivamente salía la cuestión, y vi que esta noción del individuo, de la libertad individual, de la educación individual, estaba muy arraigada en ellos. De manera que a mí no me estraña nada que, en el momento en que estaba haciendo esta crítica tan feroz del individuo, contando lo que era, tuviera que marcharse. Pero tú no puedes ponerte en su caso. Tú, ni ninguno de vosotros puede ponerse en su caso, porque no hay ese motivo específico para malentender. Tú me has entendido muy bien. Y, sobre todo, respecto a lo de negativo, tengo que recordarte qué es lo que he dicho: yo considero que hablar no es ninguna operación dialéctica, más o menos bonita, para demostrar una tesis o llegar a una conclusión. Entiendo que hablar es hacer, y que se hace lo que se puede. Hablando o de cualquier otra manera. Nada más. Y no hay por qué marcharse triste, ni desanimado, ni alegre tampoco, ni nada. Simplemente hay que dejar que se vea qué es lo que hace este rato que hemos estado hablando, que probablemente no hará nada, muy poco, porque iréis a tomar unos chatos, a cenar, dormiréis y mañana os levantaréis y si os acordáis para algo, pues lo tendréis ya asimilado. Diréis: “Ah, sí, lo que decía fulano, pues qué tío, qué bien habla, qué habilidad dialéctica tiene, pero a mí no me convence, porque yo tal...” Lo que se dice, es decir, reintegrándose a la individualidad bien formada, para que nunca pase nada grave. Pero, bueno, pase lo que pase, y haga lo que haga, desde luego de lo que se trata es de que, cuando se está hablando honradamente, desde abajo, no para demostrar tesis, no como los políticos, no como los intelectuales,... se está haciendo algo. Valga para lo que valga. Esto es en lo que tenía que insistir.

P. 12^a –A ver, a mí sólo me gustaría decirle aquí al compañero que no hable en plural. No digas que nos vamos descontentos, tío; descontento te vas tú. Me ha parecido perfecto lo que ha dicho el otro compañero, que él se identifica y etc. Yo, personalmente, estoy en la misma onda. Por otro lado, lo que ha dicho es para profundizar más y discutir. Es decir, para mí no ha dicho banalidades, cuando habla de que está en contra de un futuro y un proyecto... Yo creo que a mí me gustaría profundizar más, que hablara un poco más de esto. Porque esto creo que está entroncado, con... no sé, con el anarquismo desde el principio de la historia. Es decir, profundizar un poquito más aquí. Que la gente no se quede con la anécdota: lo que hay detrás de ello.

A. –Tal vez tienes razón, tal vez no me he estendido lo bastante en ese punto. Creo que me las arreglaré para que se entienda un poco mejor. Efectivamente, si uno cree en un futuro, sea en el sentido más reaccionario de que cree en el futuro de uno mismo, es decir, en el acceso a un puesto determinado en la administración del Capital o del Estado, etc., la consecución de un fin, casamiento o seguridad, o lo que sea, sea un futuro pretendidamente político, un futuro pues para el movimiento o para la colectividad a la que uno pertenece, está ya desde ahí colaborando con el Estado y el Capital, si es verdad, como he dicho, que en general Capital y Estado no son más que administradores de la muerte y por tanto son Ellos los que tienen el Futuro, los que tienen que hacer creer en él. Yo pienso que esto se deriva, simplemente, de una observación metódica muy elemental: el pueblo no puede nunca usar las armas de los señores. Es una ilusión, es la vieja ilusión jesuítica, en que tantos movimientos políticos han caído, de que se pueden usar las armas, los medios, para otros fines. No es así; los medios están carga-

dos de fines. ¡Que más querría yo que poder decir que puede haber ilusiones buenas y futuros buenos y creencias buenas en el Futuro, por oposición a los futuros malos, a las creencias malas que son siniestras y que son la muerte! Pero os estaría engañando si os dijera eso. Todos los futuros son lo mismo, todos los futuros son la muerte. ¿Cómo es esto? En cuanto imagino en mi vida, en la vida de la humanidad, un momento futuro, estoy trazando, desde aquí, donde lo estoy imaginando, hasta ese sitio, año u hora, que imagino, estoy trazando una línea de tiempo vacío. Necesariamente, estoy trazando un año de tiempo vacío, una hora de tiempo vacío. De forma que estoy contribuyendo a hacer, de la manera más inmediata, eso que os he explicado que Ellos hacen: convertir la vida y las posibilidades abiertas en un tiempo contado de antemano, a lo que he llamado muerte.

Fijaos bien que en una situación de lo más trivial, en una refriega amorosa mismo, puede haber un momento en que uno se reconoce simplemente impulsado por sus sentimientos (no voy a decir cosas tan gloriosas como instintos, que son de los animales: digamos sentimientos), empujado por sus sentimientos y sus sensaciones, y hay otro momento en que empieza a plantearse aquello con un fin. Empieza a plantearse el fin: “me la conquisto”, “me lo conquisto”, “hago esto”, “hago lo otro”. Y todo el mundo sabe que eso basta para que la refriega amorosa, en el ejemplo, pierda toda su gracia y se convierta en otra cosa: se convierta en un trabajo, se convierta en un truco, en una manera de llegar a ese fin. Os he puesto uno de los ejemplos más inmediatos que se pueden dar, pero, vamos, ya comprenderéis que esto se extiende a todo. En cuanto uno se plantea una finalidad, un futuro, está, literalmente, creando un tiempo vacío. Desde aquí hasta allí, desde aquí, en que hago el proyecto, hasta el momento en que el proyecto se va a cumplir. Y ese tiempo vacío es el que llamo muerte, y eso es lo que he dicho que es la verdadera función de Estado y Capital: administrar la muerte. Por eso (si queréis, por desgracia; si queréis, lo digo con un suspiro) es imposible que haya futuros buenos, ideales buenos, proyectos buenos, finalidades buenas, que se opongan a las malas, no. Es la noción misma de finalidad, de futuro, de ideal que cumplir la que está condenada, de la que el pueblo no sabe nada, contra la que el pueblo está. No sé si te parece demasiado simple o claro, a ti o a los demás.

P. 13^a –¿Puedo hablar? ¿Sí? Bueno, en el último acto o penúltimo acto público, en que el compañero Agustín estuvo en Barcelona, hubo una pregunta que le dirigieron desde la mesa, de esto hace ya varios años. ¿Pero cómo puedes decir que no se puede emplear las mismas armas, como has dicho ahora, las mismas armas que el enemigo, si tú estás empleando el discurso? Sin embargo, el enemigo emplea el antidiscurso, es decir, no emplea el discurso. El discurso es una creación del pueblo. ¿Esacto? Pregunto.

A. –Desde luego, lo del antidiscurso...

P. 13^a –Es igual.

A. –Lo del antidiscurso lo has añadido tú; pero no importa, es tuyo.

P. 13^a. –¿Me has entendido? Yo...

A. –Sí, sí, creo que todos, no sólo yo.

P. 13^a. –Bueno, entonces, por ejemplo ha habido una intervención aquí que ha dicho

que no sabías decir nada más que “no”. Eso es lo que ha querido decir. Permíteme,... no he terminado.

A. –Perdona, no me acuerdo a cuál de ellas te refieres.

P. 13^a – ¿Eh? Sí a ese chico que ha hablado en catalán.

A. –No era exactamente eso lo que quería decir.

P. 13^a. –Bueno, ya sé que no es exactamente eso, pero yo lo multiplico para que todo el mundo lo entienda.

A. –Bueno, bueno.

P. 13^a. –Ha dicho que no sabes decir nada más que “no”. Es decir, es el discurso negativo; es decir, es la negación. Bueno, pues esta opinión la tenía yo de ti hace ya muchos años, cuando empecé a conocerte, por tus escritos. Me decía “este tío no sabe decir nada más que no”, pero luego he cambiado de opinión. Hace ya mucho tiempo que he cambiado de opinión, porque en realidad tu discurso es el discurso. Lo que es el ‘no’, es el discurso del enemigo. El enemigo está diciendo “no”, siempre NO. Y tú, tu forma de expresarte es una afirmación, no una negación: una afirmación de las cosas, y entre ellas, la de las personas también. Por tanto, tú estas desarrollando un discurso que, por su carácter, tiene –se espese como se espese– toda una cualidad de afirmación de las cosas. Eso vaya por delante.

A. –Bueno, yo pienso que es muy oportuno que lo digas; aunque, como tú me pedías exactitud, tal vez no sea del todo exacto. En primer lugar, la palabra ‘discurso’ yo la rehúyo porque la han empleado mucho los semióticos y muchos intelectuales y, por tanto, está cargada. Repitiendo que te agradezco mucho que te hayas acordado. En efecto, si a alguien que dice “el pueblo no puede usar las armas de los señores contra ellos” se le dice “¿y tú como estas hablando?”, por supuesto, ahí la respuesta es clara. Como todos estos años me vengo esforzando por demostrar, también en círculos intelectuales, el lenguaje no es cultura, el lenguaje está por debajo de la Cultura. De manera que, mientras los libros, la escritura, el lenguaje culto, el lenguaje preparado para locutores de radio y televisión, son efectivamente hechos culturales, manejados desde arriba, en el lenguaje no hay Dios que mande, en el lenguaje popular y corriente; y creo que aquí todo el rato he estado hablando en ese lenguaje corriente y popular. En ése no hay quien mande; de manera que cuando Ellos utilizan el lenguaje, no es que estén utilizando el lenguaje: están utilizando una retórica especial y una forma de escritura o de reformulación equivalente a la escritura, en la retórica de locutores. Y es a través de eso como el Comercio, como el Estado, los Ministros, pueden decir, efectivamente, que están utilizando el lenguaje. Lo que están haciendo es estropeándolo; es decir, utilizando una retórica específica para pervertir el lenguaje; pero el lenguaje en sí, el corriente, es popular; ése es del pueblo. Por tanto,... ningún inconveniente en hartarse a hablar para hacer y pensar que a lo mejor efectivamente esto es una lucha popular.

Bueno, en cuanto a tú última proclamación,... tal vez no es exacta, porque es... ambigua. Te parece que, como la gente sigue pensando hoy día, ‘positivo’ quiere decir ‘bueno’ y ‘afirmativo’ quiere decir ‘bueno’, mientras que ‘negativo’ quiere decir ‘ma-

lo'. Éste es un engaño que nos han sacado. Yo creo que más bien, como pueblo, me da igual que lo llames positivo que negativo. Yo lo que sé es que yo no tengo ideas de sustitución, no me dedico a predicar nuevos evangelios, no traigo promesas para el mañana: a lo que me dedico es a decir "No" a lo que Ellos dicen que sí. Yo preferiría, a eso que Ellos dicen, no llamarlo negativo, sino llamarlo simplemente malo como más o menos lo he estado llamando todo el rato: malo, queriendo decir malo para el pueblo; buenísimo, por supuesto, para cada uno de nosotros como individuos (cada uno tiene su premio en la medida en que alcanza una sumisión al Señor), pero malo para lo que uno tenga de pueblo y malo para el pueblo. Y lo más importante es reconocer que se ha extendido mucho, significativamente, esta equivocación: llamar a lo positivo 'bueno' y a lo negativo 'malo'. Quedarse preguntando por qué se ha llegado a esta equivocación sería sumamente útil. Gracias.

P. 14^a –No,... únicamente el segundo aspecto sería decir que aquí se ha hablado de proyectos y de finalidades, y todo esto; pero respecto a los proyectos, el anarquismo, el anarquismo históricamente ha sido catalogado y criticado por su falta de proyecto. Es decir, que lo que tú dices, lo han dicho ya desde hace mucho tiempo muchas personas que, con la misma capacidad que tú u otros para poder hacer proyectos, no los han querido hacer ni en nombre del anarquismo. Por tanto, el problema que plantea el anarquismo no es un proyecto, sino que es una actitud y una actuación delante de las cosas y ante las cosas.

A. –Creo que se podría decir así. Un anarquismo que fuera un anarquismo anarquista, donde la negación estuviera viva, carecería de ello. Por desgracia, me reconocerás que no ha sido el caso habitualmente, que la trampa de tener que ofrecer también un proyecto y un mañana y unos ideales, ha sido, en general, una trampa a la que también los anarquistas han obedecido una vez y otra. Estoy de acuerdo también en que ha habido rebeliones respecto a esta actitud; pero por desgracia no ha sido una actitud corriente nunca. Es demasiado poderoso el señuelo ese, el decir "¡pero ofrécnos algo a cambio! Entonces, ¿cuál es tu ideal?, ¿qué es lo que propones?" Esa maldita cosa que anula toda posible acción del pueblo. Porque no hay cosa que paralice más a alguien que esté voceando de pura desesperación, que le digan "bueno, muy bien, ya, ya; está bien decir que no, ¿y ahora qué propones?" La jodiste; ahí se acabó. A ese hombre lo dejas... o lo dejas callado o efectivamente se inventa un mañana y te dice "pues, lo que yo quiero..." Pues, peor que si hubiera callado, todavía peor que si se hubiera callado. Es una trampa demasiado poderosa, a la que es realmente difícil resistir.

P. 15^a –Una cuestión. Durante mucho tiempo vienes usando de modo deliberado la asociación Capital-Estado, incluso la semejanza y a veces hasta la identidad más perfecta en estos dos términos; quisiera que nos explicaras un poco, a través de los acontecimientos recientes del alzamiento –porque ha sido un alzamiento, no una caída– del telón de acero y esta guerra económica, profundamente dineraria o capitalista del Golfo, en la que se juntan todas las políticas de todos los políticos, de la derecha y de la izquierda. ¿Cómo es? De alguna manera esa fusión se ha hecho carne de acción común en todos los pueblos: la identidad Capital-Estado, tanto en la ideología de la derecha como de la izquierda.

A. –Bien, ya entiendo; a algo de eso aludí de pasada, pero probablemente no era suficiente. Aludí de pasada empleando estas fórmulas que a este propósito empleo muchas veces, de decir Capital-Estado, por un lado, y Estado-Capital, por el otro. Pronuncian-

do una especie de guioncito que se pone al escribir. El Estado-Capital frente al Capital-Estado. Sí, efectivamente, en el progreso convergen: ésta es una de las características. Cuanto más atrás va uno a examinar las formas de poder (si cree en la historia), más separados los encuentra. Todavía para los tiempos de Marx, los burócratas eran los perros guardianes del burgués capitalista. Una gran separación. Evidentemente, con el Progreso y hasta llegar a las formas más progresadas de hoy día, la convergencia se ha producido. Lo que pasa es que, después de terminar la última Guerra Mundial, se produjo, aparentemente, una doble forma en esa convergencia; sí, una doble forma. Yo no creo que esto fuera meramente azaroso, sino que hacía mucha falta entretener al personal, una vez terminada la Guerra, con la creencia de que había dos formas de dominio, que se contraponían y que, por tanto, amenazaban con una Tercera. Esto era importante. Yo recuerdo muy bien que desde el año 45 estaba ya amenazando la Tercera Guerra. Ya comprendéis el truco del Futuro, ¿no?; si a la gente se la tiene entretenida con la amenaza de una Tercera Guerra, pues lo que se le está haciendo creer es que esto es Paz. ¡Qué más pueden querer Estado y Capital!

Y ese truco... (parece mentira, ¿eh?, lo despacio que van, con lo de prisa que van), ese truco lo han estado empleando 40 años. Muchos de vosotros todavía lo han padecido. Durante 40 años hacer creer que había dos maneras. Y bueno, entonces, hasta cierto punto las había. En una, como sabéis, la que llamo Estado-Capital, pues parece que la preeminencia era de uno de los polos y, efectivamente, el Estado era el administrador, el administrador de la economía, y por tanto, pues ya está. En el otro sentido, el Capital era tan fuerte que efectivamente disponía de gobernadores, presidentes y de todo el aparato estatal, de manera que era el Capital-Estado, como en el ejemplo de Estados Unidos y todos los demás sitios donde las cosas se aproximaban: era un Capital que era él mismo el Estado. Pero, en fin, parece que, por el sentido distinto del guión, había dos maneras. Desde luego, cada vez más, a lo largo de los cuarenta años, la falsedad de la dualidad se iba poniendo de relieve; pero para mucha gente ha hecho falta que todavía hace tres o cuatro años se declarara por parte de los rusos la vanidad de la dualidad, para que la gente haya llegado a verlo. Esto no quiere decir que sea el último truco que se inventen: están ya inventándose otros.

A la gente hay que entretenerla. Desde luego se la entretiene con las guerritas en los bordes, que no han faltado un solo momento desde que terminó la última Guerra. Se la entretiene con las guerritas en los bordes, es decir, Corea, Vietnam, Próximo Oriente, Centroamérica; con todo lo que sabéis, porque efectivamente esas guerritas en los bordes del mundo propiamente dicho, del Mundo Desarrollado, garantizan también que la gente siga creyendo que esto es una paz. Bueno, ahora están apuntando otras nuevas formas de entretenimiento. A lo único a que os invitaría es a que las recibierais leyendo por debajo de los Medios de Formación de Masas, a que las recibierais así, como revelando el truco para entretener al personal, que es lo que suelen ser esas cosas, esencialmente. Por más reales que sean, por más reales que sean, no dejarán de ser un truco para llenar el tiempo vacío, para entretener al personal y para decirle: “¡Qué bien estamos aquí!, mientras no llegue...” un futuro tremebundo, siempre amenazante: una apocalipsis, que sirve naturalmente para que la gente aspire al futuro rosado que al Capital y al Estado le convienen. Son modalidades de este truco las que podéis, a través de los Órganos de Formación de Masas, descubrir una y otra vez.

P. 16^a. –Sí, Agustín. En primer lugar, a mi me parece que has tocado una serie de puntos muy interesantes. Pero, quizás, el más, el que más me puede motivar a mí, sea la

manipulación que de la mente humana está haciendo el Capital, tanto de un signo como de otro. Entonces, mientras tú estabas hablando, haciendo tu exposición, lo estaba comparando. Hablabas del Hombre, que ahora no se habla de pueblo, es vergonzoso hablar de pueblo. Y es cierto. Yo estaba recordando que en Grecia también se hablaba del Hombre, porque el pueblo no existía, sencillamente. Es curioso, ¿no?, pero estaba estableciendo, no similitudes, porque quizás no se puedan establecer similitudes, pero también estaba pensando en los ministros que tenemos, en los que están en el Poder, en el poder económico; también hay algunos tecnócratas, pero curiosamente la gran mayoría es posible que tenga una formación que antes se decía humanística, por decirlo así. Quizás por ello, pienso yo, no sé si estarás de acuerdo, hayan planteado la cuestión desde un punto de vista, volviendo los ojos a la vieja Grecia, individualizando a la persona, es decir, “tú eres importante, la colectividad no lo es, porque tú lo eres todo en este mundo”. Entonces, ¿qué está pasando? Que, claro, la agresividad del individuo está creciendo, porque se siente el único, el centro del mundo. Es decir, no nos sentimos hermanos de una persona que tenemos al lado, porque nos lo están metiendo, nos están bombardeando, incluso en los anuncios en televisión. “Tú eres, tú...”, el tú siempre está en la boca. Entonces, me ha parecido muy interesante este punto. Ésta es una cuestión que me gustaría que profundizaras un poco más: la falta de conciencia del pueblo. Y luego, otro segundo punto, en el cual mantuvimos una diferencia en Bilbao y que ahora quizás he comprendido un poco mejor... Te comprendí entonces, pero ahora lo he vivido mejor: es la del tiempo. Tú allí hacías referencia al estrés continuo que vivimos: nos hacen correr, tenemos que ir corriendo a todas partes. Esto es verdad, nos hacen creer que el tiempo existe, en cierta manera. Y es cierto, o sea el tiempo no existe, tanto da hacer las cosas de día como de noche, estamos en función de nuestro organismo, simplemente. No tenemos por qué correr. El día podría tener perfectamente cuarenta y ocho horas si se hubiera establecido así. Por consiguiente, también me gustaría que profundizaras un poquillo más en esta, en esta..., bueno la discusión en aquel momento fue sobre el tren de gran velocidad, ¿no?; o sea, pero no en concreto sobre la tecnología, sino en concreto sobre el por qué las ganas de llegar pronto a los sitios. Y este tema no lo has tocado hoy aquí. Me gustaría que lo tocaras.

A. –Sí, bueno, gracias por las sugerencias que, en parte, pues, con lo que te han oído decir quedan cumplidas. Únicamente respecto a lo de Grecia y eso, pues los griegos no hablaban del Hombre: eso eran los filósofos, como siempre. Una cosa es Aristóteles y Platón y otra cosa es los griegos, la gente. No, la gente no andaba por las calles hablando del Hombre, ¿no? Eso no, eso no ha sucedido nunca. Hay que recordar que la creación del término *democracia* es griega, y que *democracia* encierra una contradicción: el segundo término, *krátos*, quiere decir ‘poder’, más o menos, y muchas veces ‘fuerza’; y el primer término, *demo-*, quiere decir ‘pueblo’, porque también los pueblos, los pequeños pueblos, por oposición a la ciudad, se llamaban *demoi*, como entre nosotros, los pueblos y el pueblo. *Demoi* eran los pueblos y *demos* era el pueblo. Luego había otros términos despectivos, como nuestro término *masa*, especialmente, *óchlos*, que se parece un poco al latín *turba*. Eran términos despectivos, pero *demos* era más o menos como el *populus* latino, como pueblo. Una cosa así. De manera que eso es lo que funcionaba. Lo curioso es el truco que en la formación de la palabra está implícito: se hacía creer que, efectivamente, el régimen democrático de algunos de los estados, por ejemplo el de Atenas, era un régimen del pueblo, o sea que el que gobernaba era el pueblo; como si no fuera evidente que al pueblo, *demos*, siempre se le hace fuerza, *krátos*, y que nunca sucede al revés, que el pueblo, *demos*, tenga la fuerza y la administre, *krátos*.

Éste era el engaño que estaba ya bien preparado y bien desarrollado desde la democracia ateniense. Por supuesto, no hay grandes novedades en esto. Bueno, aunque hay que decir que cuando las democracias son, se realizan, en terrenos tan pequeñitos como el Ática, desde luego, la propia pequeñez influye, ¿eh? Es decir, una cosa es que pueda haber una asamblea donde todo quisque realmente puede ir si quiere, porque todo lo más lejos que le puede caer es a 40 kilómetros de Atenas, y puede hacerse un viajecito aprovechando una feria; una cosa es eso y que, efectivamente, no haya apenas magistrados que se nombren por votación, sino que muchos de ellos e importantes se nombren por sorteo y cosas así. Son cosas que, desde luego, dejan a la democracia ateniense, por ejemplo, en sus buenos tiempos, incomparablemente menos potente contra el pueblo que lo son las grandes democracias modernas. Pero, vamos, después de todo, yo esto lo estimo diferencias menores. El engaño esencial está en el propio término *democracia*, que es invento griego. Es importante, efectivamente –tú has insistido en ello–, hacer constar que no hay mucho uso del término ‘pueblo’. Que en cambio se habla muchísimo de ti o tú, el de los anuncios, del Individuo Personal. Es por tanto importante, no me pesa volver a insistir en ello: Estado y Capital no tratan con el pueblo: al pueblo le hacen la puñeta, por supuesto, para eso están, son administradores de la muerte; pero no tratan con el pueblo; con quien tratan es con el Individuo, contigo y conmigo en cuanto individuos, de manera que tratan, si quieres, con el Hombre, con el invento de los filósofos que para eso está, el Hombre, el abstracto, que es al mismo tiempo lo mismo que el individuo más concreto.

No puedo detenerme demasiado en lo del tiempo, como pides, porque es demasiado tarde y nos llevaría muy lejos, y el tema es enormemente complicado. Una de las cosas en la que estoy más metido estos meses es, justamente, los muchos problemas que en torno al tiempo se me plantean todavía y para los que no encuentro salida. Pero en los términos en los que me lo recuerdas, respecto a la velocidad en los viajes, sí que se puede decir algo pertinente. En efecto, se nos hace creer, entre otras cosas, por parte del Capital, que lo único que importa en un viaje es llegar cuanto antes. ¡Parece tan evidente! ¿Cuál puede ser la ventaja de un ferrocarril? Joder, pues en vez de tardar diez horas en llegar a París, puedes tardar cinco horas, así de simple. Que en vez de tardar un mes en llegar a Nueva York, puedas tardar dieciocho horas. ¡Es tan simple, tan imbécil y tan dominante! Pero, ¿qué revela esto? Revela que de antemano se ha supuesto que el tiempo de duración del viaje está literalmente vacío, en el sentido que he dicho. Si lo que importa es llegar en tres horas, en lugar de cinco, es porque se considera que las tres horas o las cinco son malas, y que cuanto antes pasen, mejor. Ahí tenéis una de las apariciones más flagrantes del tiempo vacío. El tiempo del viaje, tal y como es concebido por Estado y Capital, es literalmente un tiempo para nada. Es un tiempo para llegar y, por tanto, cuanto antes se llegue mejor. Por eso, como veis, lo rellenan de diversión. No les parece que la ventanilla de un tren sea bastante: hay que meter vídeos, en los autobuses, hasta en los trenes de más lujo, en los aviones. Porque se reconoce la condición del tiempo vacío: no hay nada que hacer, no puede pasar nada; pues a llenarlo, a llenarlo, a mantenerlo vacío llenándolo, como siempre. Es decir, se ignora que un viaje es un trozo de vida como otro cualquiera, donde pueden pasar cosas exactamente igual que en otro sitio cualquiera. En un tren, en especial, donde te puedes mover de un lado para otro. En un auto, más difícil, y en un autobús; pero, vamos, en todo caso siempre te pueden pasar cosas. En un auto es más difícil, porque, si viajando en el auto pasan cosas, más bien le pasan al auto que a ti. Ésta es la diferencia. Mientras que en el tren, pues no, hay más posibilidades de que te pasen cosas a ti, no al tren. Que te pasen cosas a ti, por los pasillos, o por donde sea, especialmente en los trenes de vieja estruc-

tura. De manera que todavía, en una situación relativamente arcaica del Capital, donde se inventaban cosas que servían para algo, fines del XVIII, como el ferrocarril, pues, sí, efectivamente, se concebía que el tiempo del viaje era un trozo de vida como otro cualquiera; y que, por tanto, lo que había que hacer era pasárselo lo mejor posible. De ahí esos trenes que tanta envidia nos causan hoy, el *Orient Express* y todas esas cosas, para los ricos, desde luego, alternando con los infames trenes, lentísimos, ya sabéis, de tortilla de patatas llena de carbonilla y de agua caliente y de cosas así. Pero, desde el *Orient Express* hasta el más humilde, eran sitios donde se seguía viviendo y pasaba algo y, desde luego, el llegar tenía una importancia muy secundaria. Bueno, pues ahí veis la evolución, esa es la perfección del Progreso: cuando se llega a concebir que sólo el fin, sólo el futuro es lo que importa, entonces ya es que te han dado el cambiazco total, te han suprimido tres horas, dos días de vida. Sin más. Suprimidos. Han conseguido su ideal: la administración de la muerte. Y entonces, tenéis ahí, al mismo tiempo, un símbolo: lo único que importa es llegar a tu punto de destino, a Nueva York o a París. Eso está recubriendo el hecho de que lo único que importa es llegar al punto de la muerte, donde se cumple con perfecto éxito mi personalidad: ése es el final del viaje al que, de verdad, aspira. Bueno, habría muchas más cosas en torno al tiempo, pero como te he dicho, me parece que nos va faltando ya...

P. 17^a –Bueno, ha habido una confusión. No es a las diez la hora final...

P. 18^a –Bueno, lo que yo me estoy preguntando es que sí eso que venimos diciendo de que no hay futuro y, si lo hay, pues peor –con lo que estoy de acuerdo–, es que si eso no está siendo hoy día asimilado y recuperado por el propio Poder, es decir, por lo menos por las formas más progresadas de la ideología del Poder; no me refiero, desde luego, a la izquierda, que es, como casi siempre, el sector más atrasado de la evolución social, porque es el único que todavía se aferra a un proyecto de futuro, que todavía tiene una necesidad de tener futuro, y en eso me refiero tanto a la izquierda tradicional que ahora se está quedando sin proyecto y sin futuro, a pesar suyo, como a esos nuevos movimientos, llamados alternativos, o lo que sea, que vienen a salir como el último proyecto de restauración de la sociedad burguesa, de una sociedad burguesa que además ya no existe, y que todavía vienen a proponer otro proyecto de futuro. Ésos no, desde luego, éstos tienen el futuro, pero eso no es el Poder. Lo que es el Poder hoy en día, por lo menos a mí me da la impresión, nos viene a decir cada día más que no hay futuro, que no hay salida. Desde la publicidad que nos exhorta y que nos urge a gozar del presente, a vivir la aventura, etc., hasta esos mismos jóvenes que tú dices, que se pasan la noche del viernes en la discoteca consumiendo su tiempo muerto, precisamente porque saben que no hay nada más. Hasta los desesperados, que lo vienen diciendo, gritando y pintándolo en las paredes: que no hay futuro; y, como consecuencia, tratan de quemarse cuanto antes y cuanto más rápido mejor. Hasta todos los intelectualillos postmodernos que hoy en día te dicen todos los días que no hay futuro, que no hay historia, que todo lo que hay es el presente, es lo que tenemos, que de eso hay que tratar de hacer lo mejor que podamos. Entonces, frente a eso, pues claro yo no propongo volver a los proyectos de futuro, pero sí a afinar un poco más eso que venimos diciendo de que no hay futuro. Porque eso que dicen Ellos, hoy en día a veces casi da la impresión de que fuera lo mismo que decimos nosotros. Yo creo que no lo es, que es otra forma de falsedad y de mentira. Pero, bueno, quería preguntarte a ti qué te parece la cuestión.

A. –Es oportuno sacarlo, aunque me parece que confundes un par de cosas. Por parte

de los desesperados que escriben en las paredes fórmulas de desesperación, es raro encontrar precisamente algo como “no hay futuro”; pero bueno, fórmulas del tipo: “no hay nada que hacer” o “me cago en Dios”, sí, lo que quieras. Eso es un caso. Efectivamente, ésas son fórmulas de gente que puede venir a dar en la situación que he llamado marginación y de la que he dicho que es una forma de reintegración al orden, en cuanto que los marginados o desesperados, en sus formas estreñas, se reintegran al orden. Esto es un caso. Éste es el caso donde, en el momento del grito, yo diría que, bueno, que el grito es popular, y que están diciendo lo que he estado diciendo yo. Ahora, que eso tiene después la consecuencia de que de la desesperación misma viene la integración. Eso es otra cuestión. Más interesante es la interpretación que haces de las invitaciones de la tele y demás a gozar del presente y todo eso. Es importante (incluyo aquí también todas las tonterías que puedan decir los postmodernos que siempre van a la rastra de lo que hacen el Estado y el Capital: ¡hace falta! llamarse postmoderno: dejarse llamar postmoderno ya implica que está uno completamente sometido al tiempo, ¿no? Eso ya lo dice todo) el papel de la televisión, la radio, los anuncios de la prensa: la invitación a gozar del presente. No hace falta razonarlo mucho. Ese presente no es ningún presente. El único presente que hay es que estás viendo la televisión. Ése es el presente. Todo lo que la televisión te diga de gozar el presente, es un presente que es esencialmente futuro, que está preparado, es un futuro que te van a llenar. El único presente es que estás viendo la plana del anuncio a todo color, en que te dicen que goces de la vida. Ése es el presente, el momento en que estás pasando los ojos por delante de la plana, si es que eso fuera algo; lo que Ellos llaman presente allí es siempre futuro.

Ellos no pueden jugar con otra cosa; no hay miedo ninguno a que Estado y Capital puedan deshacerse de esa arma. Ninguno de los dos. Tienen que seguir siempre invitándote a vivir más adelante, poniéndote delante de los morros una invitación para mañana o para la hora siguiente: esto es esencial, si es verdad, como he descrito, que la función esencial de Capital y Estado es eso que he llamado administración de la muerte. No hay por qué dejarse engañar por invitaciones a gozar del presente. Presente es, de verdad, una cosa de la que ni Dios puede hablar. Presente no es nada: por tanto, cuando te hablan del presente, en verdad te están hablando del Futuro.

P. 19^a –Yo te quería preguntar que al principio de la intervención, cuando hablaste de caridad cristiana, te referías entre otras cosas a los presos. Yo me pregunto si tu hacer, es decir, la charla, no es también un tipo de caridad cristiana para un tipo de disidencia intelectualizada, complaciente con tu discurso. Para mí hacer sería quemar vagones, y entretener, el discurso de los trenes. Hacer sería absentismo laboral, y entretener, según la teoría del Estado y el Capital, sería hablar del trabajo. Y algunas cosas más.

A. –Respecto a la primera cuestión, nada, nada. ¿Yo voy a venir aquí por caridad cristiana? ¿Cómo voy a concebiros yo a vosotros, aquí presentes, como un objeto de gente especialmente pisoteada, deshonrada, denigrada, a la que tengo que venir a haceros el favor de entreteneros un rato? No, no, ni siquiera cuando he ido a las cárceles –voy de vez en cuando–, ni siquiera entonces, por supuesto, voy pensando en tal cosa: la cárcel en estos años... Uno se encuentra generalmente a gente, por lo menos los que van a oírme a mí, dentro de la cárcel, que no son muchos, uno se encuentra a gente que no tiene mucha traza de presidiario, ni merece mucha compasión. Pero, vamos, a vosotros mucho menos. Yo aquí, en todo caso, he venido a meteros un poco los perros en danza, pero a hacer caridad cristiana, no. Si yo pudiera conseguir algo es que os lo pasa-

rais un poco peor, no que os lo pasarais un poco mejor. Porque si no, ¿qué diablos estoy haciendo aquí? Más interesante es eso segundo que decías de la acción, que consiste de verdad o en el quemar vagones o en el absentismo laboral o cosas así. Yo no digo que el absentismo laboral, es decir, el no trabajar (como decía el romanesco Belli: “*Nun vojo lavorá*”, “*non voglio lavorare*”, y eso es todo: “*nun vojo lavorá*”), no digo que eso no sea una rebelión popular, y también el no votar, por supuesto; y también el no votar. Y mucho más importante, no comprarse un nuevo televisor o no cambiar el auto por otro. Todos esos “No” en la acción, son noes muy apreciables. El de quemar vagones... depende, depende. Yo siempre que se trata de quemar autobuses, o cosas así, me acuerdo del año 65, cuando algunos de los más activos –puedo decirlo con comillas si queréis, lo de activos– de entre los colegas, de entre los compañeros que andaban por allá entre los estudiantes, se dedicaban, de vez en cuando, a quemar algún que otro autobús, por ejemplo, si no recuerdo mal –sí, sí autobuses–, entonces, todos los días siguientes, como en la Prensa (el año 65 era todavía prensa con censura, franquista, democracia muy atrasada) no se les hacía mucho caso, pues sacaban panfletos que decían: “¡Y la prensa calla!” O sea, ellos explicaban en el panfleto: hemos quemado el autobús en tal, tal, y luego, entre admiraciones, ¡Y la prensa calla! Era su horror, ¡Y la Prensa calla! Es decir, que la quema de autobuses había estado hecha para que la prensa hablara. Es evidente: la gran desesperación de esos muchachos es que la prensa no hablara. Por tanto, lo que antes he dicho un poco más en general, referente a terrorismo y acción: no hay nada que decir en contra, pero si eso está hecho para que la Prensa hable... Si por casualidad se queman los vagones con una intención de que se cumpla un futuro determinado... hay lugar para empezar a sospechar.

P. 19^a –Es verdad,... y cuando se quema un vagón, la Prensa calla; hombre, y cuando tú escribes artículos en *El País*, la Prensa no calla.

A. –Cuando yo hago la mayor parte de las cosas que he hecho, de las que no tienes ni puñetera idea, la Prensa ha callado. ¿Comprendes? De manera que, en primer lugar, eso. En primer lugar, cuando la he hecho hablar ha sido con ese... de mandarles yo cosas. Principalmente (quitando, efectivamente, ocasiones, pues eso, como cuando me echaron de la Universidad o como cuando volví, cuando lo del premio ese, tonterías de ésas), pero en lo más importante, a lo mejor tan importante como quemar un autobús, en lo más importante, pues no. Y aparte de eso, lo importante que estaba diciendo es que, con las acciones que se pretenden más directas, hay que tener cuidado, porque muchas veces las acciones más directas no son nada directas: están precisamente hechas para llenar un proyecto. Es simplemente lo que quería decir.

P. 19^a –...igual que hace el Poder.

A. –...No siempre. No, no... Yo he dicho que hay que tener cuidado, que a veces puede suceder eso.

P. 20^a. –¿Me dejáis que hable? Bueno, ¿hablo o no hablo? Dos cuestiones. Hay poco tiempo. Le quería comentar a Agustín que quizás por las prisas que él también tiene en la esposición, al final le ha tocado pagar el pato al Yo y al Tú, al Yo y al Tú que nos venden como esos individuos que son personas, que conforman al final el uno a uno que forma la masa. Yo recordaría, quizás, para llevar un poco la contradicción también, que es interesante, cuando reivindicamos la conciencia del pueblo, que es muy confusa (es muy confuso hablar de pueblo) precisamente si jugamos con mayúsculas o

con minúsculas, la fuerza que le dan, también hoy en día, al Nosotros. Ese Nosotros que a veces nos queremos reconocer también es una invención, no del lenguaje como dices tú, sino del discurso. Entonces, si nos cargamos al Yo y al Tú, también nos tendremos que encargar de cargarnos al Nosotros. Sobre todo porque estamos en Barcelona, y el triunfo no es mío ni de éste, sino que es de todos nosotros. Que nos acordemos del 'todos' y el 'nosotros' también, como la estrategia esa que combina el 'yo' y el 'tú' con el individuo. Y después, otra cosa que has dicho del... tren. Por las prisas, ni tradición, ni historia, ni historia contra tradición. El tren que ahora nos gusta, que has pintado que era para viajar, no hay que olvidar que en su tiempo también era un tren para acelerar movimientos, de la misma manera que ahora lo es el Tren de Alta Velocidad. Sin tren no habría mercado capitalista. Sin tren no habría fuerza de trabajo trasladada de los campos a las ciudades. El tren, ese tren que ahora nos gusta, en su tiempo también era eso. Entonces el regreso, el regreso es también, a veces, una utopía un poco falsa. Bueno, no sé si has entendido, por las prisas.

A. –Nada, nada, de regreso, nada. No hay más época que ésta.

P. 20^a. –Vale, vale.

A. –Por lo demás, siento no responder porque nos están esperando. Así que, con vuestro permiso, nos despedimos, por la fuerza. No está mal. Nos despedimos, cortamos, y hasta otra.